

5561
43

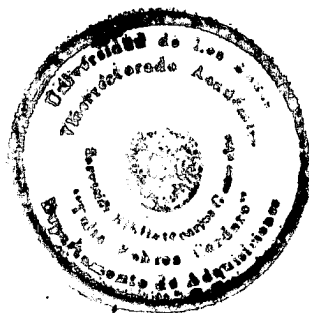
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
CONSEJO DE DESARROLLO CIENTIFICO Y HUMANISTICO.



Trabajo de Investigación

Historia de una hacienda típica de los Andes Venezolanos
(Años 1870-1977)

www.bdigital.ula.ve



Autor : Lic. Aixa Salas.
Coordinador: Soc. Domingo Rufz
C.D.C.H. - U.L.A.
Asesor: Dr. Pedro Gutiérrez.
Div. Agrícola Corpoandes.

Mérida
1983.

INDICE

Págs.

Agradecimiento	1
Dedicatoria	3
Introducción.....	4
CAPITULO I	
Jají, años 1870-1950 (Algunas Referencias Históricas)	10
CAPITULO II	
Hacienda "La Playa de los Guerra" (Años 1880-1955)	79
CAPITULO III	
Hacienda "El Naranjal", antigua "Playa de los Guerra" (Años 1955-1975)	135
Parte I (1955-1962)	135
Parte II (1962-1975)	162
A Manera de Apéndice	181
ANEXO	200
Cuadros	201
Informe Técnico-Económico de la Hacienda El Naranjal. (Año 1977)	214
Informe de Ingresos y Egresos (Año 1973)	230
Bibliografía	233
Documentación Histórica.....	238

AGRADECIMIENTO

Esta obra no es un trabajo exclusivo y personal de la autora. Aunque se tenga la curiosidad investigativa, aunque nos inunden cientos de interrogantes sobre el mundo que nos rodea, esa curiosidad no es un producto estrictamente individual. Alguien sugiere ideas, amplía posibilidades, llama a reflexionar sobre determinado punto o lo enriquece. En este caso, la expresión abstracta de una intuición va tomando forma. Hablamos del tema que nos inquieta con un amigo y ese amigo cree en nuestra capacidad, nos estimula a cristalizar el proyecto y abre caminos para su feliz realización. Ese amigo se llama Domingo Ruiz. Si además un organismo universitario como el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico aprueba y financia el proyecto, fija una responsabilidad individual y social que se debe afrontar seriamente. Después es escuchar a mi amigo y asesor académico Dr. Pedro Gutiérrez, cuyas certeras observaciones permitieron despejar incógnitas y corregir equívocos. Es valorar el apoyo del soc. Nelson Prato, quien en su preocupación intelectual y por la seriedad que otorga a la investigación histórica, me llevara hasta el CENDES, en la Universidad Central de Venezuela a exponer mi proyecto ante personas autorizadas cuyas advertencias y proposiciones me fueron tan útiles. Es escuchar las sugerencias de un amigo como el Prof. Rafael Cartay, y de tantos otros que de alguna manera participaron en la instrumentación y perfeccionamiento de mi obra.

Y para aquellos trámites engorrosos sin cuyo cumplimiento se hace imposible la realización de cualquier trabajo, el apoyo del Dr. Luis Hernández, Coordinador de la Comisión Humanística del C.D.C.H., del Soc. Domingo Ruiz, Coordinador de la Comisión Humanística, y la buena voluntad de los empleados y secretarías del citado organismo. A las señoras Cristina de Figueroa y Carmen de Suzzarini, gracias por la paciencia con que hicieron la transcripción.

mecanográfica. A la Lic. María Josefa Pérez, mi reconocimiento a su excelente trabajo fotográfico. ¿Y cómo agradecer a aquellos entrevistados que quitaron parte de su tiempo para atenderme y responder pacientemente a mis preguntas en un reconocimiento a la importancia que yo daba a cualquier detalle? Los doctores Pedro Guerra y Vicencio Dávila, los Ings. Emiro y Ciro Dávila, son claros ejemplos de dicha cortesía. Y de manera especial reseño la colaboración entusiasta y desinteresada de personas como José Vicente Vielma, Domingo Vielma, don Pedro y don Nicolás Vielma, gente sencilla, nativos del pueblo de Jajf, que se sentían felices de contar historias de su tierra natal, lo que muestra claramente que la historia del país no carece de testimonios sino de escritores. Mi más alta gratitud para don Eleazar Dávila y sus hijos, quienes me recibieron afablemente en su hacienda, colaboraron conmigo en entrevistas, anécdotas, datos históricos y estadísticos y demás detalles tan necesarios para la realización de mi trabajo. Por eso digo que alguien puede concebir una idea, puede tener la más sana disposición de trabajarla, pero sin el apoyo material, intelectual y moral de las personas que comparten esa idea, nunca puede realizarse o se hace defectuosamente.

Aixa Salas

DEDICATORIA

Dedico este libro con especial
caríño a:

don Eleazar Dávila

a sus hijos Vicencio, Emiro y Ciro

a José Vicente Vielma

al Dr. Pedro Gutiérrez.

al Dr. Pedro Guerra F.

a los Sociólogos Nelson Prato y
Domingo Ruíz.

Mérida, agosto de 1982

INTRODUCCION

Mérida, cuando yo era niña, era una ciudad todavía rural. Una ciudad muy sola, de calles angostas, poquísimos automóviles, campesinos arreando sus mulos hasta el mercado, niños jugando en la calle. Un lechero vendía la leche de casa en casa. Los principales días eran los de fiestas patronales, cuando los campesinos colmaban de regalos al cura.

Los domingos papá, mamá, mis hermanos y yo íbamos de paseo al campo. Las carreteras eran de tierra, de modo que papá dejaba el auto lejos y nosotros nos zumbábamos a jugar en el campo o bañarnos en el río. Yo corría atrás de las vacas, miraba a los cochinitos, jugaba con los perros. Me gustaba el río, los árboles, los pájaros. Me gustaban las casas blanquitas, llenas de flores, con cortinas de colores y paisajes de almanaques en la sala.

Papá quiso comprar una hacienda grande, con caballos, ganado, siembras de café y un hermoso río. Todos estábamos entusiasmados. Pero mamá no quiso. "Mucho trabajo". Además, ella prefería la ciudad. "El campo por un rato". No quiso la hacienda y papá compró casa en la ciudad y una finca pequeña para él distraerse.

Mamá nos puso a estudiar. Venían nuevas costumbres aunque el pasado rural pesaba mucho. Un pasado rural muy reciente. En todo. El modo de vivir, las diversiones, las tradiciones, los prejuicios. Lo único que la ciudad tenía calles pavimentadas, escuelas, cines, clubs, luz eléctrica y agua de acueducto. Pero las costumbres eran iguales. Yo crecía en la ciudad formada como una campesina. Los domingos venían las tías con sus hijos, mataban gallinas para el sancocho, hacían melcocha para los niños, íbamos de paseo

al campo. Pero mamá decía que sus hijos serían universitarios. Las hijas también. Ella se encargaría de hacernos doctoras. Papá no le hacía caso. Decía que lo principal para una mujer era casarse y tener hijos. Mamá se ponía brava. "No, ellas no serán como ya. Serán profesionales. Y se casarán, pero ya profesionales".

Mérida fue una ciudad rural, como hasta los años 55. Después empezó a cambiar. Parecía mentira, pero aunque la gente se empeñara en vivir como antes, es decir, igual que siempre, no podía. Lo nuevo se imponía. Los cambios eran lentos, asustaban a unos y alegraban a otros. La gente empezó a irse para Caracas. Una ciudad infernal, llena de pecado, de asesinos y ladrones. ¿"Por qué los muchachos se van? -preguntaban los viejos-. Aquí hay paz, tranquilidad, es bonito, todo el mundo se conoce y ayuda". Pero igual los muchachos se iban. En Mérida, hacían edificios, parques, avenidas con muchas luces. Nos invadía el automóvil. Y todos querían ser universitarios. Un día mi hermana mayor anunció que se quería ir a Caracas. ¡Cómo, Caracas, esa ciudad de perdición! Pero ella dijo que se iba. Y se fue. Todos lloramos. Después fue el hermano segundo, a continuar estudios de Economía. Y después el otro, a trabajar. En Mérida no se conseguía trabajo. Y la otra, y la otra. Nos quedamos mis padres y yo.

Yo no entendía nada. La ciudad crecía, se comía al campo. Los hacendados vendían, se construían casas-quintas y edificios en Mérida. Los campesinos también se iban. Para Maracaibo, para Caracas. Todo el mundo decía que algo malo estaba pasando. Hablaban mal de Caracas, pero se iban para allá. "A vivir en un cerro o debajo de los puentes", decía papá. Ya en los años 60, Mérida había cambiado completamente. Ya no se veían campesinos arreando burros o arrastrando cochinos. Ya no salían a ofrecer naranjas y

huevos a las casas. El lechero tampoco volvió. Se acabaron las calles solitarias y angostas. Las anchaban, debían caber los carros. Los niños iban a la escuela con 2 Bs. en el bolsillo. Había dinero, automóviles, aparatos eléctricos, ropa importada. Las muchachas salían solas con los novios, se casaban si querían y si no, no. Y los matrimonios podían tener los hijos que quisieran, no "todos los que mandara Dios". Las iglesias se quedaban cada vez más vacías, las universidades se llenaban. Los campos se quedaban vacíos, las ciudades se llenaban.

Yo tenía dieciséis años cuando una amiga me invitó a pasar vacaciones de agosto "en la hacienda de nosotros, en Jají". Fuí muy emocionada, Hacía tiempo que el campo se había convertido en algo lejano. Un poco de verde, unas vaquitas que veía como manchas desde el automóvil. Pero esto era campo campo: un pueblo chiquito al que se llegaba por una carretera de tierra, angosta y muy curvada; una plaza también chiquita, de pinos regordetos y losetas de ladrillos; la iglesia blanca, de una sola torre; unas cuantas casas muy grandes y hermosas, pintadas de colores vivos, y las calles de piedra. La hacienda quedaba lejos del pueblo. Más o menos un kilómetro, por una carretera también de tierra y malísima. Se llegaba hasta La Playa y de ahí otro pedazo más, y más malo, de algo parecido a una carretera, y al fin, las haciendas El Tesoro y El Naranjal, muy juntas.

Que era campo de verdad no había la menor duda: árboles de todas clases, pájaros, cafetales, camburales, vacas, becerritos, toros, cerdos, gallinas, patos, riachuelos, lagunitas, cascadas bellísimas, ríos puros. Y campesinos. Y casas chiquitas y haciendas grandes. La hacienda a donde llegué era grande, pero no demasiado. Pintada de blanco, un patio donde se secaba el café, muchísimos árboles, aves y cerdos y ganado, numerosos perros y algunos caballos. No había

luz eléctrica. Nos alumbrábamos con velas. El agua la traían en tubos desde un arroyo cercano. En las noches jugábamos ba ra ja s o dominó y nos contábamos cuentos. En las mañanas despertaba con el mugir de las vacas, el canto de los gallos, to da la gente trabajando. Asistía al ordeño. Miraba todas las tareas que se realizaban con curiosidad pero sin mucho interés. Me gustaba más el paisaje, montar a caballo, bañarme en ríos y lagunas, visitar a la gente y hablar con ellos.

Fue así durante mis vacaciones en varios años. Después mi amiga marchó a Caracas a ejercer su profesión. Perdí contacto con la familia y sólo en los años 70, volví. Muchas cosas habían pasado en el país. Y quise volver a aquel pueblo, a las haciendas, a gente tan ligada a mi afectividad. Me quedé atónita: el pueblo había sido restaurado "estilo colonial". Era un pueblo turístico. Las tienditas y pulperías eran casas de comercio, pensiones, restaurantes. La plaza era otra. Grande, encementada, pocos árboles. Habían numerosos carros con gente mirona, paseándose por el pueblo y comprando cosas. El paisaje seguía siendo el mismo. Los mu ch ach os del pueblo no. No eran aquellos recatados que yo conociera. Tenían cabellos largos, ropas desordenadas, motos. Las muchachas vestían como chicas de ciudad, se pintaban y saludaban a los visitantes sin renuencias. Los ni ñi to s ya no cargaban leña, ni arrastraban cerdos, ni amarraban becerritos mientras la madre era ordeñada. No. Llevaban caballos y mu la s al pueblo para pasear a otros niños y cobrar por el paseo. Algunos pedían medicitos a los turistas, ofrecían arepas de ha ri na o dulces.

Fuí a las haciendas: abandonadas, don Eleazar con cara de preocupación, los caballos muertos, el ganado vendido, los cafetales tupidos de monte. Ya no habían peones, ni ordeñadores, ni conuqueros. Ya no había la alegría ni generosidad de otros tiempos. ¿Qué había pasado?

Quise saber: ruina, obreros que emigraron, deudas pendientes, gastos para la educación de los hijos, café - que se perdía, el ganado vendido. ¿Y? ¿Qué pensaban hacer? No se sabía. Vender las fincas, tal vez. Me fuí entristecida. Tres años después, en el 74, quise saber de la familia y qué habían hecho con las haciendas. Las habían salvado a costa de grandes sacrificios. Ahora había menos café y más ganado. Ganado bonito, bien cuidado. La hacienda iba a dedicarse al ganado de leche. Ya no podía ser más café: no había mano de obra, los salarios muy altos. El ganado requiere menos personas a su servicio, la leche se vende a INDULAC. ¿Y quién la atiende? Don Eleazar había perdido la vista, los hijos eran profesionales o estudiaban. "Porái vienen los muchachos a controlar, a atender. Entre semana vienen, y los sábados y domingos". Miré todo: las haciendas se reponían, había un poco más de optimismo. Naturalmente, ya no era aquella época en que se veía la producción, la gente trabajando, los parientes y amigos en alegre conversación. Ahora se cuidaban los ingresos, se registraban los altibajos de la producción, venía menos gente. En el lapso de doce años había cambiado todo. Algunas haciendas del lugar estaban con sus puertas cerradas, o ensayando otro tipo de producción. ¿Qué había pasado? Cuando volví a casa, por la misma carretera angosta y curvada pero conmocionada por tanto automóvil, cuando entré a la ciudad por una avenida nueva, me dí cuenta: La Venezuela rural había muerto y sobre su cadáver se levantaba la Venezuela urbana. Estaba ante el país petrolero, en camino a la industrialización. ¿Haciendas de café en esta época? Más fácil era importarlo. Los Andes cafetaleros ya no existían. Mérida era aún agrícola, pero en otro tono. Y no cafetalera, Mérida turística y universitaria. Desarrollo del comercio, edificios, infraestructura, servicios públicos, espectáculos culturales. Todo un poco loco y desordenado, pero irreversible. A tumbos nos integrábamos al desarrollo

industrial del país, también vacilante e indetenible. Los hijos de don Eleazar eran profesores universitarios. Ellos tratarían de restablecer la hacienda, modernizarla, explotar el ganado de leche, sin abandonar sus profesiones, naturalmente. Una concesión al pasado rural. Además, ¿quién iba a comprar haciendas de un millón de bolívares? Ese dinero se multiplicaba más fácilmente en el comercio, la industria, hasta en una cuenta de ahorros.

¿Qué es la historia de una hacienda mediana, casi perdida en la tortuosa geografía de Mérida, que se tambalea entre la producción tradicional y la moderna, entre un capitalismo rudimentario y uno avanzado, entre lo conocido pero inservible y lo desconocido pero prometedor? ¿Qué significa esta pequeña historia dentro de la historia de un país estrechado por cambios violentos en apenas unos decenios? Tal vez muy poco. Una hacienda regular que nació a fines de siglo, fundada por un italiano, estuvo casi arruinada entre los años 20 y 30, se mantuvo como pudo en los años 40, mejoró hacia los 50 y 60, para decaer y luego reponerse, aún debilitada, en los años 70.

Un pedazo de nuestra historia regional y nacional. Porque esa hacienda no muy grande, aislada, revela en su acontecer, paso a paso, los cambios que se van dando en el país. Cómo el crecimiento capitalista la fue devorando, le fue exigiendo una metamorfosis. Cómo dentro de ese capitalismo ella sobrevive y trata de integrarse sin éxito. Una muestra muy pequeña, pero bastante reveladora, de los cambios económicos y culturales. Ella representa un pasado rural - aún vivo en la conciencia de muchos venezolanos, y sus intentos desesperados por sobrevivir, de una u otra manera, - nos hablan también de aquellos que habiendo nacido y crecido en la época agraria, se integraban a la vida moderna con pasos difíciles, a veces traumáticos, llenos de nostalgia, pero con un gran optimismo y confianza.

CAPITULO I

JAJI: AÑOS 1870-1950

(Algunas Referencias Históricas)

"¿Por qué los italianos con un chi
charrón de tierra producen de todo
y nosotros con las mismas manos no
lo podemos hacer?" José Vicente
Vielma, agricultor de Jají.

Al llegar a Jají sorprende no sólo la geografía que lo rodea, sino su situación. Es un pueblo diminuto, formado sobre la falda de una colina, que se eriza en su mitad para deslizarse cuesta abajo, dominando un hermoso paisaje de lomas, arboledas, ríos y lagunas. Colocándose en cualquiera de los cuatro puntos de la plaza se divisan las azules montañas de la Sierra Nevada, los caminos y sembradíos. Si nos adentramos por la carretera de La Playa, o más aún, la de San Juan de Lagunillas, apreciaremos la curiosa ubicación del pueblo, inclinándose sobre la ladera que le sirve de asiento, con su iglesia blanca, sus calles empinadas y las casas coloniales.

Despierta curiosidad aquella ubicación casi absurda. Alguien me remitió a la iglesia del pueblo, donde consta la fecha de su fundación y el nombre del fundador. Pero nada más. Al fin un señor de edad explicó que en épocas ya remotas, bajo el dominio español, existía en el lugar que ahora ocupa el pueblo una posada donde se hospedaban viajeros comerciantes y arrieros. Allí descansaban, comían y luego seguían camino. Como el lugar era de gran actividad agrícola y de intercambio comercial con La Azulita, La Mesa de Ejido, Ejido, San Juan y Lagunillas, alrededor de la posada fue ron fundándose casitas y hospedajes hasta formar un pequeño conglomerado de gentes que después constituirían el pueblo.

Pero la historia nos habla de un aventurado español,

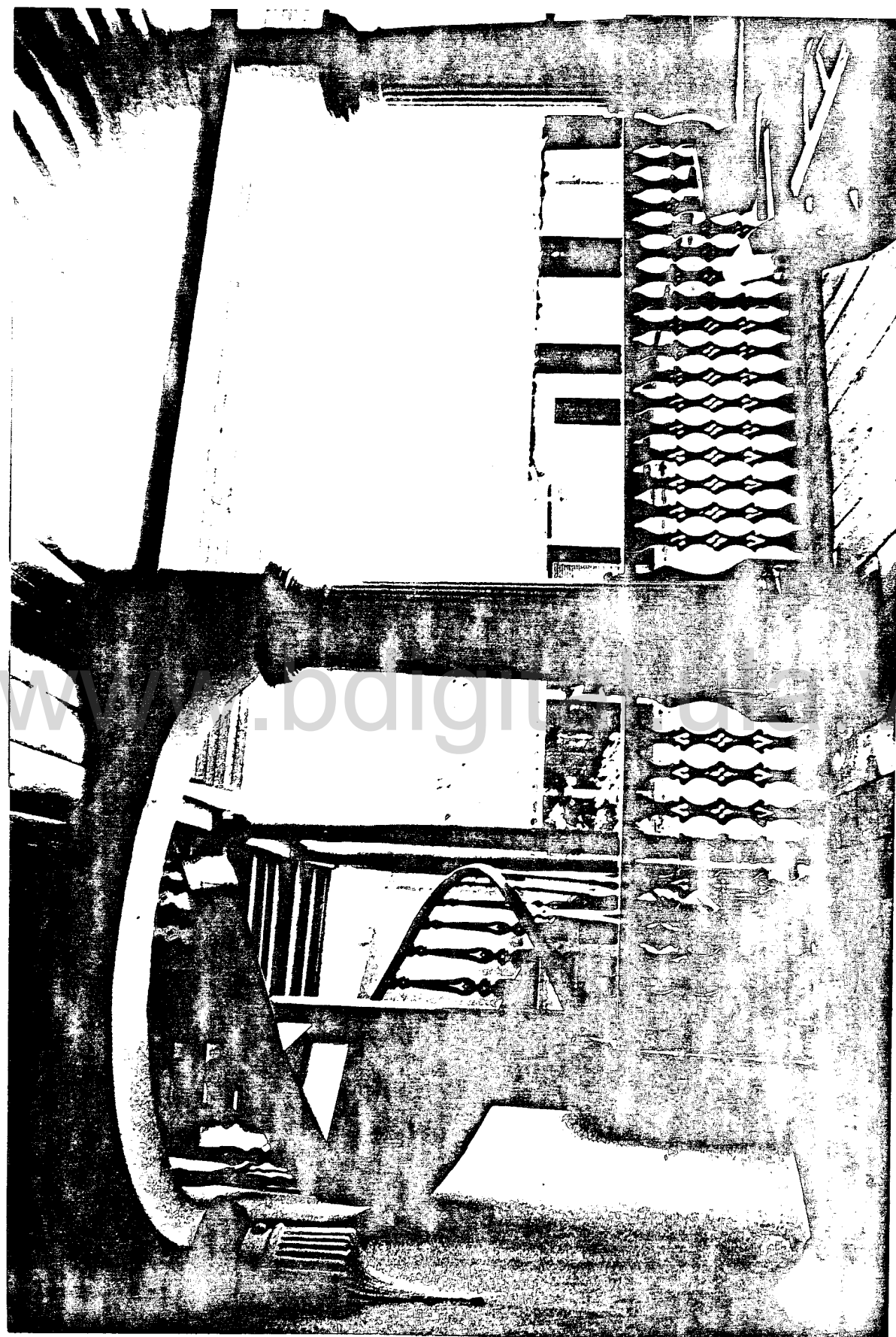


Foto 2.-
Detalle de una Casa Colonial de Jají.
Foto: Lic. María Josefa Pérez.

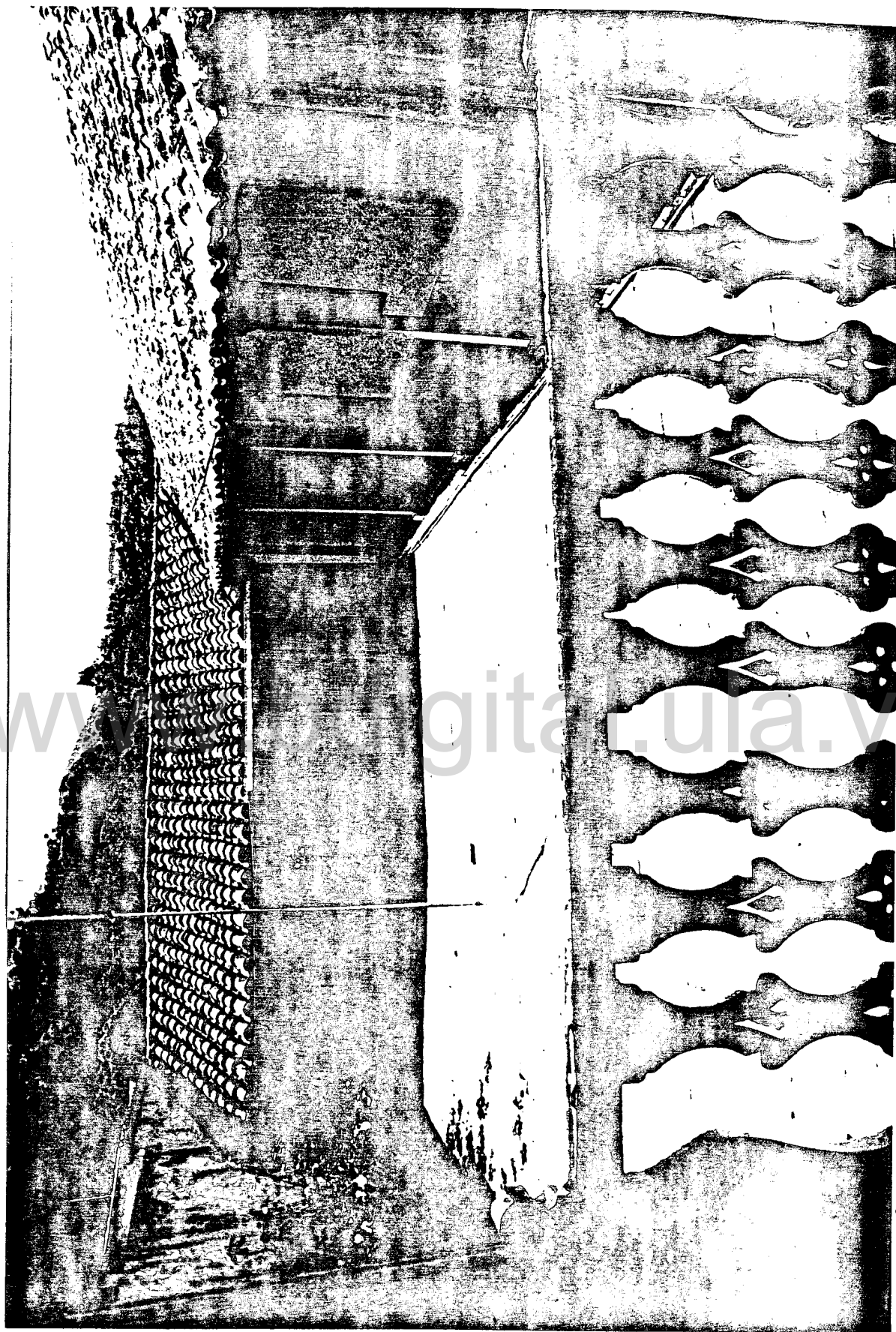


Foto 3.-
Patio, pasillos y habitaciones de una casa colonial de Jají.
Ma. Josefa Pérez.



Foto 4.-
Jají. En esta foto se aprecia la inclinación del pueblo.
Ma. Josefa Pérez.



Foto 5.-
Vista del Pueblo San Miguel de Jají, desde la carretera de La Playa.
Ma. Josefa Pérez.

el Capitán Gil Naranjo, quien fundaría el pueblo el 17 de mayo de 1586. Fue repoblado en septiembre de 1610, por el capitán García Vielma.

Las tierras de Jají son feraces. Fueron codiciadas por los colonizadores españoles, quienes no tardaron en disputársela a los nativos aún cuando ya se las hubieran adjudicado en resguardo. Los indios Jajíes y Mucundúes, los Jaguaníes, Iricuyes, Ticacoques, Galgos, Capaces, Escuques, sufrieron estos despojos. Julio César Salas refiere cómo los Sabaneros reclamaron numerosas veces la posesión pacífica de las tierras que les fueron arrebatadas por los Vielma, los Aparicio, los Páñedes y los Uzcátegui, acciones que se prolongaron hasta 1794, cuando fueron amparados a su favor por Don Juan Moreno, Teniente de Justicia Mayor de Mérida. (Julio César Salas, Tierra Firme, p. 148.

Al encomendero le eran indiferentes los métodos de cultivo utilizados por los indígenas sometidos a su protección, siempre y cuando obtuvieran un máximo rendimiento del trabajo, extrayendo un excedente comercializable en los puertos habilitados al sur del Lago de Maracaibo*. Su innovación consistió en la introducción de cultivos, de aves, ganado mayor y menor, y en la aplicación del arado de madera y la energía animal, pero en cuanto a los procedimientos utilizados por el nativo para explotar la tierra no intentó eliminarlos o modificarlos. Fue así como durante siglos se conservaron la mano vuelta y la cayapa,** preferentemente em

* En este sentido, la encomienda constituyó un avance económico porque especializó la agricultura en base a la sobreproducción e impulsó el comercio. La costa meridional del Lago de Maracaibo sería la compuerta por donde los excedentes se escurrirían hasta los mercados europeos

** La mano vuelta y la cayapa eran formas de producción indígenas basadas en el trabajo cooperativo. En la mano vuelta, un labrador solicitaba la ayuda de otro comprometiéndose a devolverle el favor cuando éste así lo requiriera. La cayapa o convite era practicado entre varios. Se reunía un grupo de vecinos y ayudaban a uno de ellos a preparar y sembrar la tierra, comprometiéndose el favorecido a brindar la comida y la bebida. Al final se bailaba.

pleadas por los nativos en sus pequeñas propiedades o en las tierras que conservaron comunales hasta las primeras dé cadas del siglo XIX, cuando les fueron definitivamente arre batadas por los criollos republicanos, liberados de la tutela y leyes proteccionistas que en lo pertinente a tie rras comunales indígenas había dictado la Corona*.

Este proceso no fue rápido ni violento. Se fragua a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII. Poco a poco se modela la nueva economía con un uso diferente del hom bre y la tierra, un destino diferente a la producción y un destino también diferente al excedente obtenido.

Hacia mediados del siglo XVIII ya no se trata de las comunidades indígenas que cooperan en el trabajo agrícola, permutan la producción y reparten la cosecha. Ahora el español y sus descendientes marcan la propiedad, toman hombres como fuerza de trabajo, retribuyen el trabajo (especie de salario consistente en alimentos, ropa o alguna mercancía), establecen el monocultivo y comercializan el excedente de producción.

La hacienda colonial se instalará con preferencia en las tierras bajas, destinando las lomas al ganado mayor. Constituye una pequeña muestra de la economía regional y su organización social: en la casa principal residen los dueños, comúnmente llamados "patrones"; en tierras aledañas están las casitas de los conuqueros, Los terrenos de mejor calidad serán para el cultivo de exportación. Cerca de la hacienda, en lotes diversos, se disputan la existencia el

* A principios del siglo XIX, aumenta la demanda internacional de ca fé, cacao y cueros. Esta demanda y los buenos precios que alcanza ban tales productos acrecentó la codicia de los criollos republicanos por las tierras de indios.

maíz, hortalizas, verduras, árboles frutales, gallinas, pavos, patos y cerdos. En las lomas, ganado mayor. Nunca faltarán las mulas, tan necesarias para el transporte. Entre una y otra hacienda, las finquitas de la mano de obra libre, contratada en las épocas de recolección del producto principal.

La hacienda reproduce la ambivalencia entre una producción para la subsistencia y otra para la ganancia. La bifurcación entre un mercado regional, aún débil, y un mercado externo, más dinámico. La necesidad de contener en aquellos límites lo fundamental para subsistir, dada la dificultad de comunicarse con regiones vecinas y nacionales.

Los conuqueros que se alojan en las casas circundantes no suelen ser numerosos. La hacienda andina tiende a practicar el multicultivo en pequeñas cantidades y el unicutivo en mayores extensiones, por lo que necesitará de mano de obra fija para las labores diarias y ocasional para las épocas de recolección del producto principal. Las casas de los colonos eran pequeñas, de techo de paja, paredes de bahareque, piso de tierra, cocina de leña, una habitación y un terreno de una cuadra, donde sus moradores podían sembrar lo que quisieran. Como el conuco no era dado en propiedad sino en calidad de préstamo a fin de atraer y fijar una mano de obra escasa, el colono prefería sembrar cultivos de cosecha rápida, evitando aquellos de lento crecimiento, pues en cualquier momento podían despojarlo del conuco o él mismo decidía desocuparlo. Dado también que el intercambio comercial era escaso y consistía básicamente en un trueque de alimentos o de producción artesanal, el conuco servía de fuente de alimento básico, siendo la paga por trabajos realizados y por recolección de cosecha la entrada adicional.

El conuco no deja de ser demostrativo de los nuevos tiempos. Nos hablan de una nueva formación social, con

clases diferenciadas. Se inaugura la era de los ricos y los pobres, de los grandes propietarios, los medianos y pequeños y entre ellos una laguna de oficiantes que van desde los "finqueros" hasta los bodegueros, artesanos, albañiles, sastres, alpargateros, alfareros, etc. Esta nueva sociedad tiene sin embargo rasgos unificadores: el agricultor que trabaja para un hacendado puede tener finca propia, o puede ser barbero, herrero, carpintero o albañil.

El nacimiento de la hacienda y del conuco inicia un tipo de economía de rasgos muy especiales. La hacienda resume la organización económica del momento: cultivo de subsistencia es consumo local y trueque; cultivo de exportación es mercado extra-nacional. El conuco será un producto de alimentos casi exclusivamente para la subsistencia, pues aún cuando pueda suponerse que rindiera un excedente, su realización en el mercado era casi imposible o bien servía para un precario trueque. Los pequeños y medianos propietarios, con una producción no competitiva, de magros ingresos, servirán de mano de obra en las grandes haciendas.

La hacienda descansará sobre dos pilares: la mano de obra y el mercado externo. Hasta ahora se ha tomado el peón fijo como el elemento fundamental de la producción hacendaria. En el caso de la hacienda andina será el peón temporal. Es él quien la conecta a los mercados exteriores y permite su sobrevivencia. El producto que cubría la demanda foránea fue siempre de carácter extensivo, con uso intensivo de trabajadores en épocas tope para luego declinar y volver a las actividades rutinarias.

Lo llamativo en el caso andino es que las haciendas no fueron tan extensas. Huelga decir que las condiciones del terreno influyeron en ello. Comparando las llamadas grandes propiedades rurales de Los Andes con las de la costa o el llano, parecerían casi minifundios. Lo usual era

que un terrateniente contara con 2 ó 3 haciendas cuyas medidas oscilaban entre las 100 y las 300 has., siendo muy raro conseguirlas de 500 o más. De allí también la distribución del terreno en cuanto a producción: zonas bajas para cultivo, lomas para ganado, tierras poco fértiles para conucos.

La existencia de pocos conuqueros obedece ante todo a la prevalencia que se daba al cultivo de exportación. Como este cultivo, -fuera caña de azúcar, cacao o café- da una cosecha abundante cada año, demanda gran concentración de trabajadores durante un corto período de tiempo. Por eso el número de conuqueros o personas permanentemente ligadas a la hacienda es pequeño. El suficiente como para trabajos regulares en épocas no pico. Lo normal es que se contratara mano de obra temporal, quedando los peones fijos tanto para la recolección en las épocas activas como para oficios rutinarios en las llamadas "épocas muertas".

El caso de Jají encuadra dentro de esta generalización. Una vez que cierto número de familias se convirtieron en los terratenientes principales, pasaron a conformar haciendas de cacao (siglo XVII), caña de azúcar (siglo VIII) y de café (siglo XIX) alternadas con producción agrícola y pecuaria diversa. Nació la mano de obra fija y libre, formada sobre todo por pequeños propietarios cuya existencia se explica porque el acaparamiento de tierras no fue total, aunque sí selectivo.

En Jají, a principios del siglo XIX, se configura plenamente una economía agraria de montaña: diversidad productiva y complementariedad. Se tiende al autoabastecimiento. Junto a las labores de la tierra nace la curtiembre, la cestería, alfarería, carpintería, cerámica, panadería, granjerías, costureras, bordadoras, tejedores, herreros, maestros de obras, albañiles, etc.. Habilidades manuales y técnicas se elaboran a medida que las necesidades obligaban

a ello. El dinero prácticamente no existe. Se conserva el trueque, la cooperación en el trabajo, la familia como un id ad productiva, la recurrencia a diferentes oficios para ali vi ar las necesidades.

La agricultura y la ganadería se practicaban como actividades necesarias para subsistir y obtener ingresos adi cio nales, aunque bajos. Eran implementadas de manera bastante rudimentaria. Los métodos de producción se mantuvieron inmodificables durante siglos. Se dependía de la naturaleza: los animales pastaban, sueltos en los potreros, sin mayores atenciones y subalimentados. Su rendimiento era es caso. El agricultor se inclinaba sobre la tierra en las épocas de siembra y cosecha. Después quedaba atenido a las estaciones, a los caprichos del tiempo. Veía por la subsistencia, no por el mejoramiento. Mantuvo sus hábitos de tra bajo y de alimentación. Se hundía en la cotidianidad, sin mayores expectativas.

Aquellos que vieron en la propiedad de la tierra la seguridad económica y en el trabajo masivo la adquisición de alguna riqueza, fueron los hacendados, en los que aleteaba algún espíritu de progreso, aunque muy limitados por las condiciones de atraso generales: casi aislados, precariamente comunicados por caminos de recuas con algunos pueblos y con los puertos del Lago de Maracaibo. Sólo el comercio de exportación rendía ganancias, pero pocas y no tenían vías de expansión internas. Se invertía en la compra de más tierras, de ganado o en mejoras dentro de las propie dades.

La situación permaneció casi inalterable durante el siglo XIX y principios del XX. La naturaleza dictaba la bondad o desgracia de las cosechas. El jajicense permanecía en sus tierras desde que nacía hasta que moría. Estaba más

comunicado con La Azulita, San Juan de Lagunillas, Ejido, La Mesa de Ejido, Ejido y Maracaibo, que con la misma capital de Mérida. Como dice don Pedro Vielma

"Hasta el año 26, que se abrió La Trasadina, Mérida no existía para nosotros ni nosotros para ella"
(1)*.

A principios de este siglo el uso de la tierra, los métodos de explotación agrícola y ganadera, el comercio y el trueque se practicaban casi igual que en siglos anteriores. Las haciendas continuaban con su sistema combinado de monocultivo y policultivo, alternando con ganado y aves de corral.

"Yo cultivaba papas para mandar a Maracaibo, y maíz y caraotas y arvejas para comer nosotros. La papa tenía buen mercado en Maracaibo y Caracas. El maíz, las caraotas y las arvejas se vendían aquí y también pa' nosotros, pa' las arepas y pa' dar de comer a las gallinas. También tenía unas vaquitas, pero no muchas. Eso era pa' queso, pa' vender por aquí"

Eso dice don Pedro Vielma. Y su cuñado, José Vicente Vielma, refiriéndose a cómo se tenía antes el ganado, cuenta:

"Eso eran unos quiriquicheros de vacas viejas que donde se criaba el hijo ahí a la mama, la mama a la nona, la nona a la tataranona, hasta 10 generaciones en el mismo potrero, y revuelto con chivos, burros, yeguas y todo lo que Dios crió". (2).

-
- (1) Don Pedro Vielma, agricultor, nacido en Jají, 65 años.
(2) José Vicente Vielma, 50 años, agricultor, prop. de la finca Jaguaní. Jají.
(*) Este relativo aislamiento le permitió conservar su arquitectura colonial y el empedrado de las calles. Al jajicense no le gustaba la piedra, sino el asfalto y el cemento. La comunidad hizo muchas peticiones a la Gobernación para que asfaltaran sus calles. Consideraban la piedra símbolo de atraso. En el año 76, una señora comentaba, muy admirada, que la Urb. Humboldt de Mérida era de verdad bonita porque habían tumbado los árboles, "todo ese monte" y habían hecho edificios y calles de cemento, con muchas luces. Para ellos, estas transformaciones significan riqueza y progreso.



Foto 6.
Don Pedro Vielma, su esposa Lorenza y el compadre Santos.
Ma. Josefa Pérez.



Foto 7.-
José Vicente Vielma conversando con la autora.
Ma. Josefa Pérez.

Ahora, en el 81, él mantiene la costumbre: en su pequeña finca de 2 hectáreas siembra indistintamente café, cambures y caña de azúcar. Don Nicolás Vielma, de 91 años, apunta:

"La finca siempre ha tenido gallinas, cerdos, vacas, todo para autoconsumo. También se siembra maíz y caraotas en los espacios donde no hay café. Hay naranjos, chirimoyos, piñales, cilantros, romero, orégano. Todo para nosotros, menos el café, que vendemos y tomamos sólo una partecita" (3).

Don Nicolás Vielma tenía siembras de caña de azúcar, las que sustituyó por café cuando este producto tuvo mayor demanda y buenos precios. Otros tenían siembras de papa, cuyas primeras cosechas fueron tan buenas que prácticamente muchos propietarios la tomaron como cultivo principal hasta que un gusano ("Congolocho") acabó con ella. Pero fuera caña de azúcar, papa o café, dichos productos servían para el comercio interno y externo. Los otros para autoconsumo, venta local y trueque. Como vemos, se complementaba la producción para el mercado regional, extraregional y de subsistencia.

El aislamiento del pueblo condujo al policultivo y la heterogeneidad de oficios, y mantuvo durante largo tiempo los métodos de trabajo cooperativo, en especial en las pequeñas propiedades. La práctica continua de tales métodos creó una sociedad solidaria, en que el favor prestado era siempre reconocido y devuelto, y las emergencias eran resueltas con la ayuda de los demás. Los pueblos andinos tenían nexos muy cercanos, bien familiares, bien de compa-

(3) Nicolás Vielma, 91 años, agricultor, dueño de la finca El Chimbo-razo, en La Loma de La Virgen, Jajf.



Foto 8.
Don Nicolás Vielma.
Ma. Josefa Pérez.

drazgo y amistad. Pero no era ésta la razón principal para la solidaridad y la interdependencia. Siendo una economía agrícola tradicional, el tipo de cultivos, los métodos utilizados, el sistema de trueque y la escasez de moneda, crearon una sociedad basada en la participación de todos. Tanto en la preparación de la tierra para el sembrado, como en el aconio de la cosecha, cuidado de animales y abastecimiento alimentario, operaban los mecanismos de ayuda mutua. Además, desde la época precolombina, el aborígen andino acostumbraba trabajar la tierra colectivamente. Ello respondía a una necesidad creada por la topografía de la región: las tierras andinas, exceptuando las valles (los cuales eran disputados por parcialidades indígenas, debiendo radicarse los desalojados en las montañas y páramos) son empinadas, - difíciles para la labranza, Es obra imposible para un hombre o una familia. Se requiere el trabajo mancomunado. Aún en los valles la costumbre del trabajo común se impuso porque los cultivos requerían de brazos y porque la organización tribal desconocía la privatización de la tierra, el hombre como plusvalía y la apropiación exclusiva de los alimentos.

Cuando uno habla con los campesinos agricultores de Jajf que superan el medio siglo, se trasluce nostalgia por una época en que las relaciones de producción permitieron la cooperación, la confianza entre ellos y la reafirmación del individuo ante los demás. José Vicente habla sobre el Convite y lo compara con el trabajo estrictamente salarial:

"Se trabajaba no como esclavo sino con muy buena voluntad, porque ya le digo, eran cayapas. Que el uno le daba café con leche y el otro también, si uno hacía la barranda, y el sábado le daban su media botellita al fin de semana, se echaba el calentao de quiebra-huesos y pa'lante. Era mejor, más fácil, la gente de más estricto cumplimiento, de más brío, más ánimo. Y ahora no. Antes se trabajaba, aunque con muchas dificultades, con gusto. Ni cuando llovía dejaba uno de trabajar. Casi era por gusto ordeñar y que el invierno nos cayera encima, molarnos las costillas".

Llama la atención la aclaratoria de que "no se trabajaba como esclavo, sino con muy buena voluntad, con gusto". Tal vez el trabajo que separa al hombre de los demás se torna pesado, desarticula la armonía social y no produce las satisfacciones de la siembra en común.

¿Por qué terminaron estas formas cooperativas de producción? Eran practicadas especialmente por los pequeños y medianos propietarios. Ellos no podían contratar mano de obra, por lo que era normal que se ayudaran y rotaran en las tareas. Al sobrevenir el éxodo de los trabajadores a las ciudades, hacia los años 50, fue muriendo el cooperativismo, ayuno de brazos para su sobrevivencia.

La nostalgia, naturalmente, es hacia esas relaciones casi fraternales: el apoyo y la seguridad que el coterráneo brindaba. Pero en cuanto a las condiciones de vida, a las oportunidades de mejorar dentro del desarrollo capitalista, hay un reconocimiento a que "los tiempos son mejores". Don Pedro Vielma dice:

"La vida ahora es mejor que antes para todos. Para hacendados y trabajadores. Es la facilidad que da el petróleo".

José Vicente Vielma reflexiona:

"Antes la vida era muy matada. Trabajaba uno mucho y sin nada de alivio. Para buscar el traquito de agua había que emigrar unas cuatro, seis, ocho o diez cuadras, para buscar una mina de agua que llamaban manantial, buscando taparos. No había acueductos, no había dispensarios, ni luz, ni escuelas".

Para Nicolás Vielma, los tiempos de antes eran mejores y todo empezó a dañarse por culpa de los ricos.

"Porque los ricos cercaron. Antes no se cercaban las propiedades. La gente tomaba tierras de montaña, tumbaba árboles y formaba un lotecito. Habían costumbres de comunidad. Ahora la gente se ha vuelto pfcara. Se acabó el convite y la mano vuelta. Todos estos montes estaban tupidos. Los ricos echaron a perder todo con el alambre. Ellos cogieron a comprar lotes, sabanas bonitas, para cercar. Porque antes no era costumbre eso, sino las cavas, pero el alambre nos freqó a todos. La solución sería quitarle a los ricos y darle a los pobres, volver a la propiedad comunitaria"

Don Eleazar da una visión que es casi una sentencia:

"Los tiempos son los que van diciendo. En ese tiempo nada valfa, ni el trabajo ni los productos. La gente vivfa al cambio y no tenía posibilidades de progresar sino estaba siempre en lo mismo" (4)

El mercado de los productos se cumplfa en tres ámbitos: el regional, el inter-regional y el extra-regional. La inexistencia de carreteras impedfa un comercio más activo. El destino de los productos agrícolas era muy definido: café para exportación: papelón, queso, mantequilla, aranos, hortalizas, huevos, plátanos, para la venta o trueque en pueblos cercanos como San Juan de Lagunillas, Lagunillas, - Ejido, La Mesa de Ejido, o bien para venta local y consumo interno. El trueque se hacía a cambio de ollas, jarros, cobijas, tejidos, chimó, harina, sal, cesterfa, aves, etc.

Don Eleazar recuerda: "No había carreteras sino arreos de bueyes". El café se enviaba a Sta. Elena, un puerto ubicado en el Lago de Maracaibo. Josefina Lourdes de Monzón -

(4) Don Eleazar Dávila, 76 años, agricultor, propietario de la hda. El Naranjal, aldea La Playa, Jajf.



Foto 9.-
Don Eleazar Dávila, propietario de la hacienda "El Naranjal".
Ma. Josefa Pérez.

es muy explícita en cuanto a las rutas comerciales:

"...en los años próximos a 1900 hasta la llegada de la carretera Trasandina al Edo. Mérida, por lo general (los productos) tomaban las siguientes rutas: hubo una primera ruta Jajf-Palo Negro-La Carbonera, tomando los siguientes caminos: primero por la vía de Capaz, Monte Frío y luego se seguía por los callejones, hasta salir al Puerto - Sta. Elena, en la Tierra Llana. Allí se continuaba en canoa por las caños de la zona hasta Guachí en el Lago de Maracaibo, y de ahí a la ciudad de Maracaibo. Más tarde por razones de mayor seguridad en el transporte de los productos se varió en los caminos de acceso hacia los puntos vitales. La ruta en sí era la misma: Jajf-Palo Negro-La Carbonera, pero para llegar a ellos ahora se seguía por: San Eusebio, El Peñón, Mirabel, La Azulita, Puerto Santa Elena y luego en canoa a Guachí y de ahí a Maracaibo. (Josefina Lourdes de Monzón. Monografía de Jajf, p. 25).

La tercera ruta brindaba más facilidades: saliendo de Jajf se seguía por Lagunillas, Sabaneta, El Cañadón, La Palmita, El Vigía y luego en canoa por caños o ríos hasta llegar al Lago y llevar los productos a la ciudad de Maracaibo, que era la mejor plaza desde el punto de vista económico". (ibidem, p. 25).

Don Pedro Vielma hace memoria:

"Uno enviaba las cosas por Caño Zancudo, por Sta. Elena. Y por aquí se comerciaba mucho con Ejido, con La Mesa de Ejido y La Azulita".

Don Eleazar agrega:

"Se fletaban cargas con mulas pa' Pto Cabello, Sta. Elena, La Ceiba".

Y Don Nicolás, de memoria más vieja:

"Los arreos de mulas tomaban el camino a La Ceiba, Lagunillas, La Azulita, La Sabana. Cargas de canoa se transportaban por el río Sta. Elena, que era navegable".

Hacia 1905, los italianos radicados en Jaif desde fines del siglo pasado, fundaron un mercado abierto. Se le llamaba "Mercado Popular". El día de mercado era el sábado. Se llenaba de colorido y gente el pueblo. Desde las aldeas vecinas, de las lomas, bajaban los campesinos - portando sus comestibles. Y allí llegaban los arreos de mulas cargando todo aquello que no se producía en el pueblo. De las tierras calientes y sedientas de San Juan y Lagunillas, de Los Guáimaros y Ejido, traían papelón, chimó, chivos, que trocaban por maíz, cambures, café, granos y frutas.

Don Eleazar recuerda:

"Estando joven todo ese tiempo estuvo el mercado, ahí en la plaza. Que yo me acuerde iba al mercado la gente de Ejido, La Parroquia, San Juan, Lagunillas, Tovar, El Salado, Chiguará, La Azulita, Capaz, La Quebrada, La Carbonera. Todos tenían sus burros y traían ellos lo que era papelón, azúcar en panela, chimó, todo lo que era fruta, lozas de barro, ollas y platones y tasas y jarros para tomar que hacían de jícara. Esto de San Juan, de por ahí de La Quebrada. Ellos compraban maíz, arvejas, cambures, caña de azúcar, panela, apios, batatas. Era un mercado, un intercambio - de cosas".

Don Nicolás completa:

"De San Juan traían chivitos y bambú; de Ejido, alfondques".

El mercado permanecía hasta la tarde del sábado. "En la tardecita todo se levantaba, se cerraban los tratos". Como lugar de encuentro y de intercambio pervivió hasta el

año 26. -Don Eleazar, ¿Hasta cuándo duró el mercado? -Hasta que abrieron La Trasadina. La gente dejó de venir, los arreos de mulas de San Juan y Lagunillas dejaron de venir. Era más fácil ir a vender a otras partes. Los que tenían arreos de mulas, sobre todo de Ejido, se llevaban la producción de aquí pa' venderla más cara en otras partes. Entonces aquí también los productores dejaron de ir al mercado. Se hacían los zoquetes, guardaban el maíz y las caraotas y los vendían después un poco más caro. Con la Trasadina, en el 26, se terminó el mercado porque la producción salía para otra parte. Los jurungos que compraban la producción a los campesinos la comerciaban después porque ellos tenían arreos de mulas.

La apertura de La Trasadina inauguró la decadencia de las economías locales andinas. Los agricultores sacaban la producción a los centros de consumo más inmediatos donde la vendían por dinero, prescindiendo del trueque. Como aún muchos pueblos y aldeas quedaban aisladas, los dueños de arreos de mulas (que además manejaban el capital) se convirtieron en los primeros intermediarios que se beneficiaban con el sobreprecio cobrado por el transporte y colocación de los productos agrícolas en los mercados y tiendas. Jají sería uno de estos pueblos aislados, de gran producción agrícola, donde los italianos fungieron de principales intermediarios entre los productores y las casas de comercio en Ejido. No se terminó el trueque porque sólo salía la producción principal (café, quesos), pero tampoco terminó la pobreza y poco a poco decaía la economía local.

La escasez de dinero impuso el trueque y las más variadas formas de crédito a nombre de las cosechas. Lo impuso en las formas de trabajo como mano vuelta y convite, en el préstamo de pastos para el ganado, en el préstamo de bueyes por jornal, la compra de artículos a cambio del trabajo, el pago de jornal por una deuda e incluso, en la adquisición

de tierras. El cambalache abarcó todas las actividades: compra, alquiler, trabajo, crédito, etc.. Pervivió hasta los años 40*.

"Ahora el que tiene sus 5 ó 8 hectáreas de potreros tiene que salir de los becerritos porque qué le puede quedar de utilidad, porque no tiene más donde tener. Antes arrendaban a 5 Bs. el metro de potrero. Le decían: 'mire, le ayudo dos días por pastaje de la vaquita', y uno: 'sí, cómo no, pero me ayuda en el trabajo, compadre'. Esto era un parentesco desde Mucundú a La Playa, y la gente de aquel tiempo muy unida".

Esto refiere José Vicente sobre el sentido comunal que privaba en todos y la utilización del trueque en cada transacción. También Domingo Vielma recuerda como él pagaba el préstamo de bueyes con jornales de trabajo:

"Yo iba y le ganaba los bueyes. El tenía los bueyes y me los prestaba a cambio de mi trabajo. Día mío por día de bueyes. Yo le trabajaba un jornal mío, él me daba la yunta de bueyes. El no quería plata. Me decía: 'por plata no. Lleve la yunta de bueyes una semana y entonces usted me ayuda una semana'. Era cambiado, ¿ve?" (5)

(*) El pago de jornal por una deuda se practicó hasta no hace mucho tiempo. José Vicente, riéndose mucho, echa el cuento: "Cuando yo trabajaba en La Prefectura -porque yo trabajé ahí como veinticinco años-, hace arriba de veinte años hubo unos **prestamos** aquí en Jají. Yo recuerdo que el gobierno no regaló un capitalón, 300, 400 Bs. Ahora estaban muy asegurados que no les iban a cobrar. Después estaba yo y estaba ayudándome un obrero y me dijo: 'léame este papel', y era un telegrama que venía directo del BAP de Mérida: que se presentara en el término de la distancia a pagar. Y él: que bueno, qué cómo era eso, que eso habían pasado años sin cobrar. Eso fueron 45 telegramas que llegaron. Eso fue en el año 60, y volvió el 61 hasta el 64. En el año 65 sí ajustaron la chicha, citaron a todo el mundo a la Prefectura y todo el mundo tuvo que vender lo que tenían. Hasta una burrita que tenía uno la vendió. Y otro que no tenía nada me dijo: '¿Qué hago? Le voy a empeñar unas 5 semanas adelante para que no me metan a la cárcel'. Y así fue. Pagó con 5 semanas de jornal. Y eso es muy verdad"

(5) Domingo Antonio Vielma, pequeño comerciante y agricultor, 59 años.



Foto 10.

Don Domingo Vielma.

Ma. Josefa Pérez.

"Nada valía. Un kilo de frijoles valía una locha, un kilo de arvejas una locha, una panela, medio, un kilo de café, medio. Así que no había plata. Tampoco la tierra valía. Lo único que valía era el dinero".

Esto dice don Eleazar. La situación era vieja. "Siempre fue así", y se creía que siempre sería así. La economía giraba en torno a la propiedad de la tierra y a la exportación agrícola. Las demás actividades a su vez giraban en torno a la agricultura. El hacendado no era un hombre adinerado. Dependía de los préstamos del comercio y de particulares, vivía pendiente de los precios internacionales, de las estaciones, de la cosecha y la mano de obra. Las ganancias eran mínimas y no podían volcarse hacia otros sectores de la economía a fin de reproducir el capital, sino que volvían a la tierra. Los mismos comerciantes tampoco se enriquecían. Las ganancias las prestaban a interés o invertían en compra de tierras. Los pobres "vivían al día", tratando de aliviar el problema fundamental de la alimentación.

Hay quienes dicen que los verdaderos fundadores del pueblo fueron los italianos. Se convirtieron en los hacendados más prósperos y en hábiles comerciantes. Llegaron a Jají a fines del siglo XIX, 1870, para ser más precisos. El Ing. Pedro Gutiérrez explica:

"Para el año 1870, Jají presentaba un gran auge agrícola basado en la producción de caña de azúcar, arvejas, cierta producción hortícola, café y ganadería muy extensiva. Jají poseía y posee frente a Mérida (ciudad) una posición geográfica que le permite una mejor salida hacia el Sur del Lago de Maracaibo, especialmente comercializable hacia el puerto de Sta. Elena sobre el río Capazón. Las facilidades de mercado y el auge económico de esta zona atrajo una cantidad de hombres, unos refugiados, otros en busca de fortuna". (Ing. Pedro Gutiérrez, La Integración Agro-Industrial en la Ganadería de Leche de la Región Andina Venezolana, p. 235).

Los refugiados eran los que huían de las guerras civiles que asolaron al país en las últimas tres décadas del siglo XIX. Procedían de los llanos, de la región central y la oriental. Los buscadores de fortuna serían con preferencia oriundos de tierras extranjeras, como italianos y españoles.

Ello explica muy claramente por qué a fines del siglo pasado ya existía una colonia italiana en Mérida (donde el auge del café empieza en esos años) que se estableció preferentemente en Ejido, Sta. Cruz de Mora y Jají.

La llegada de los italianos causó conmoción. Los sencillos habitantes de Jají jamás imaginaron que eran los emisarios de una nueva concepción de la economía y el trabajo. Tal vez tampoco lo intuyeron los mismos inmigrantes. Simplemente procedían de un país con siglos de experiencia capitalista. E individualmente, debido a las duras condiciones climáticas de su país, habían desarrollado una mayor capacidad de trabajo, de organización y de previsión. Esas experiencias, aplicadas en un país de sociedad móvil, de vastos terrenos incultivados, rindieron óptimos resultados. Se constituyeron en los amos del pueblo.

Sus comienzos fueron difíciles. Venían sin capitales, carecían de ayuda oficial, pero contaban con sus perspicacia y habilidad en condiciones socio-económicas muy propicias.

"Los italianos llegaron aquí limpios, vendiendo mercancías, imágenes de santos, cuadros y estampitas. La gente cambiaba cuerdas de tierra por imágenes de santos. Hubo uno que puso un negocio, comía puro pan y sardinas, y de pronto se compró una de las mejores haciendas de Jají, un haciendón, por 80 pesos que ahora serían 320 Bs. y de los 80 pesos, al dueño le dieron una vaca vieja por 40 pesos y los otros 40 se los fueron pagando en comestibles, poco a poco. La vaca se murió y los 40 pesos que quedaron se los comió".

Eso cuenta un viejo campesino. Y agrega:

"Ellos fueron adquiriendo la tierra de la gente pobre que no sabía cómo hacerla producir. Impusieron la costumbre de las hipotecas, que aquí las desconocían. Ellos prestaban a interés y la gente hipotecaba sus tierras y la gente no sabía cómo era. Ellos llegaban y remataban las tierras".**

Don Eleazar también habla de estos hechos singulares:

"La gente se descuidaba, no pagaba los intereses, entonces después ellos tomaban los terrenos, ganan haciendas, crecen mucho. Los que no tenían aquellas práctica tenían que dar sus tierras. Pero ellos sabían, tenían apreciaciones. Parece que fueron los fundadores de este pueblo. Fueron los que establecieron negocios y empezaron a comprarle los productos a la gente humilde de aquí. Antes la gente humilde no tenía dónde vender lo suyo. Y era muy barato. Se vendía una arroba de caraota en un bolívar y el resto se perdía. La gente ya no quería sembrar. Entonces los jurungos fundaron el mercado y ya venía la gente de Ejido y Lagunillas a vender loza y ollas a cambio de apio, batatas, maíz".

** El Sistema de hipotecas que utilizaron los prestamistas y comerciantes de Jajf se hacía según la Ley del 10 de Abril de 1834, decretada durante el gobierno del Gral. José Antonio Paéz. Dicha Ley pautaba que el acreedor, una vez vencido el plazo fijado para pagar la deuda, podía rematar la propiedad dada en garantía. Se favorecía al prestamista en detrimento del prestatario. En este caso, los principales beneficiarios eran los comerciantes y usureros, únicos que en la época podían prestar dinero a los hacendados, permanentemente descapitalizados. La Ley tuvo muchos enemigos, quienes aducían que amparaba al capital primitivo sobre la industria humana. El objetivo principal con el cual se justificó fue la necesidad de atraer capitales dándoles a sus propietarios libertad de intereses en los contratos y seguridad en los pagos. La ejecución de la Ley ocasionó la ruina de numerosos hacendados y fortaleció el capital comercial, pero no logró la atracción de capitales extranjeros con fines de inversión, pues los capitales industriales temían la situación de inseguridad socio-económica del país y aducían que se carecía de la infraestructura necesaria.

Fue así como los italianos y españoles empezaron a acaparar tierras y comercio, acumulando un cierto capital. No todos adquirieron la tierra valiéndose de hipotecas o del trueque. La compraban, aunque a precios bajos porque simplemente la tierra era barata. "La gente pobre no sabía cómo hacer producir la tierra". Ellos obedecían a una costumbre: frijoles, maíz, yuca. El cambalache. No tenían una visión capitalista de la tierra porque simplemente nunca la habían conocido. "El dinero valía, la tierra no". Eso dice Don Eleazar. Es verdad. Pero también es cierto que ellos identificaban la riqueza con la gran propiedad, ignorando que la tierra en sí no produce valor, sino el trabajo. Con la gran propiedad y con la extensión de los sembradíos. "Fulano de tal tenía haciendas de caña de azúcar, o de café". Si el gran propietario no hubiera contado con brazos para hacer producir sus tierras no habría obtenido ganancias. No es descartable que el pequeño propietario considerara sus fincas como improductivas y que esperara aumentar sus ingresos en la época estacional de las cosechas, cuando participaba en la recolección y le pagaban un salario en dinero. Salario tan bajo que automáticamente debe haber producido una subestimación de su trabajo.

Los italianos inauguraron la práctica de las hipotecas, establecieron negocios, empezaron a monopolizar la tierra, se convirtieron en hacendados prósperos, pero no introdujeron otros tipos de cultivo ni modificaron las técnicas de producción. En este sentido hubo una adaptación a la economía local y a las condiciones sociales de producción. Y así, sin diferenciarse de la tradición, triunfaron. ¿Por qué se apoderaron prácticamente de Jají? Nombres famosos los Grisolia, los Guerra, los Sívoli, y los Monzón, vascos que hacen honor a la tradición industrialista de aquel país. Ellos no se pusieron a sembrar manzanas o duraznos, sino café, caña, cambures, caraotas, maíz. Ellos no trajeron otra tecnología ni otros métodos. Allí entraron a funcionar ele

mentos diferentes. Venían de países donde el terreno es es caso y muchas veces la tierra no era de ellos sino de los señores. Al llegar se encontraron en un lugar de tierras abundantes que podían ser suyas. Era lógico que se entusiasma ran y aprovecharan al máximo su capacidad de trabajo y previsión. Fue el desarrollo óptimo de una mística adquirida en condiciones de trabajo muy duras. La mística de los que deben guardar parte de la cosecha porque viene el invierno y si se descuidan pasarán hambre. Fue esa mística la que se enfrentó con la del nativo acostumbrado a la eterna primavera, donde las previsiones son innecesarias porque a un mes de clima suave seguirá otro mes más o menos suave, donde no hay inviernos fuertes ni períodos de verdadera hambre. Un aprendizaje de generaciones enteras. "Ellos sabían más, tenían más apreciaciones", dice Don Eleazar. Lo que se dio fue un conflicto cultural que por supuesto, se resolvió a favor de los mejor preparados. Don Pepe Sívoli decía que Venezuela era un paraíso. Debía pensar en que aquí no hay señores, que la tierra no es hereditaria, que hay movilidad social y lo determinante es el trabajo. Un trabajo que se multiplicaba al obtener tierras en propiedad y estar a su favor los factores climáticos.

Don Pepe Sívoli tenía sentido del negocio. Antes la gente amasaba el pan en casa. Él instaló una panadería. En la región había bastante caña de azúcar y el campesino venezolano gusta del aguardiente. Montó un alambique.

"Don Pepe Sívoli fundó una panadería en asociación con su esposa, doña Rosa Sanessi de Sívoli. Puso un negocio de víveres y levantó una industria de alambique para miche, caña doble que llaman los maracuchos, y con aquello levantó una buena familia de categoría. Sacó a los hijos a estudiar a Mérida", refiere José Vicente. Y Don Eleazar:

"Don Pepe Sívoli fue alambiquero desde que llegó hasta que murió".

-José Vicente, ¿Por qué los campesinos vendía la tie
rra?

- Porque no la sabían trabajar, hacerla producir. Porque no tenían entradas y se perdían las cosechas, pues valía más el billete. No habían herramientas. Entonces vendían las tierras bien baratas para comprar materiales y poder traba
jarar: hachas, machetes, escardillas, barretones. La sierra de aserrar madera tenían que hacer los pedidos a Maracai
bo. Los ricos la traían. Imagínese cuánto le ganarían a eso.

Era, en cierto modo, una solución paradójica: el peque
ño propietario vendía sus tierras para comprar herramienta
s y emplearse como trabajador en las grandes haciendas. Care
nte de dinero y de arreos de mulas no podía sacar su produ
cción. Su tierra y su trabajo no reportaban ninguna ganan
cia. Se convertía en peón.

Paradójico también el enriquecimiento de los euro
peos en una sociedad sin dinero. Obtuvieron capitales vali
éndose precisamente de aquella falla. Adquirieron la tierra, contrataron peones, establecieron negocios donde funciona
ba el cambio de mercancías por trabajo o tierras. Compraba
n arreos de mulas y sacaban la producción a los pueblos veci
nos.

"El caso era tener plata que nunca la habían visto. Entonces el ansia de tener plata. Y creían que saliéndose un poco más afuera, con dinero en el holsi
llo, les iba a rendir, conseguían la vida mejo
r. Pero resultaba que no era así. Saliendo de la propieda
d se iban para afuera, se comían la propiedad porque la gastaban en poco tiempo y después volvían. Ya no podían estar más aquí porque su propiedad ya no estaba y tenían que irse para otra parte, y así sucesivamente se fue
yendo la gente toda".

El campesino aplicaba la costumbre del cambalache en cualquier transacción: cambiaba tierras por imágenes de santos, por herramientas, dinero o mercancías. El trueque se expresó en todos los aspectos de la vida económica.

"¿Sabe qué hacían? -pregunta José Vicente-: vendían la tierra para comprar herramientas. Entonces ellos mismos en sus pequeños fundos se daban maña, compraban la sierra de aserrar madera, cortaban árboles y vendían la madera a 3 reales la tabla de 2 varas y media por 40 cms. de ancho. Se la vendían a Antonio Grisolia como muy cara. No habían herramientas. Tenían que vender las tierras bien baratas para comprar materiales y poder trabajar: hachas, machetes, escardillas, barretones, la sierra de aserrar madera".

Y don Eleazar, explicando la baratura de las tierras:

"Es que la tierra no valía porque no sabían como hacerla producir. La costumbre no era sino sembrar maíz, que era de poca productividad, caraota que era muy barata -era a locha la libra- y eso no les daba nada".

Tal vez pocos son tan patéticos para hacer un cuadro de la época como don Pedro Vielma. Sus declaraciones permiten acercarnos a una dura realidad que giraba en un eterno círculo: había comida, pero no salía por falta de mercados. La carne, la leche, el queso, se vendía en negocios y pesas, pero no había dinero. Y no había dinero porque no se producía ni se vendía, pero no se producía porque no había mercados.

"Era muy descaso por lo menos comer carne que se vendía en la pesa porque la gente no tenía con que comprarla. La carne llegó a valer la libra a medio, pero no había medio. Entonces la carne la salaban en las pesas y total no se vendía porque la gente no tenía medio con que comprarla. No había plata. La gente por lo menos se compraba una cuajada de a medio -era como decir ahorita un kilo de queso- y el que tenía el medio lo compraba ¿no?, porque la había, pero era difícil que la gente tuviera el medio pa' comprarla".

-¿Y aunque la gente trabajara y ganara un salario no podía comprar comida?

-Entonces no había tampoco producción porque quién se iba a poner a producir pa' venderle a quién si la gente estaba con mucha necesidad, pero tampoco tenía con qué comprar las cosas ¿ve? No había plata circulando.

-¿Y la gente tampoco tenía para vestir?

-Cuando eso eran telas ordinarias. La gente prefería que fueran dobles, gruesas, para que resistieran bastante, que no se acabaran. Y eran baratas, se podían comprar a 1 bolívar, a tres reales el metro. Todo era barato, el problema era que no había plata. Hasta las alpargatas eran difíciles de comprar. Valían 2 bolívares. Los zapatos no se conocían.

-¿Hasta cuando fue eso más o menos?

-Pues hasta los años 40, muy mala situación. En el 50 empieza a cambiar. Más dinero.*

* Hacia los años 50, el Estado venezolano estimula la industrialización del país e instala la infraestructura necesaria para el despegue de dichas industrias y la distribución y consumo de los productos. En esta década se incentiva la inversión y reproducción del capital. Se desarrollan todas las actividades relacionadas con la banca, finanzas, comercio, inmobiliarias, etc. Cuando don Pedro Vielma dice, simplemente, "Mas dinero",

Fue en esta sociedad sin dinero que los comerciantes extranjeros y algunos nativos aprendieron a enriquecerse.

"Aquí llegó Pedro El Cruel, se entendió con Caracciolo Parra -que fue el que trajo el alambre- hicieron la ley nueva, vinieron los registros de hipotecas, y el maldito yo iba y hipotecaba y sin haber cogido yo los reales me quería quitar la finca. Así fue cogiendo todo, así agotaron todo porque dejaron a la gente sin tierras".

-¿Quién era Pedro El Cruel?-

-Pedro Dávila, que lo pusimos así porque él quitó tierras con hipotecas-.

Los jajicenses admiraban a los italianos " Porque eran trabajadores y con nada hacían producir la tierra", o como dice don Eleazar:

"Por sus apreciaciones, se aplicaban más y se hacían sentir en el pueblo, porque hablaban, proponían, hacían negocios".

Don Antonio Grisolia abrió un almacén donde funcionaba el cambio de mercancías por tierras y trabajo. Igual hizo Don Ramón María Monzón. Instalaron el almacén en sus haciendas.

sin explicar por qué, o bien "las facilidades que da el petróleo", está señalando los efectos más notables de un cambio en la estructura productiva cuyas coordenadas están en la base del crecimiento capitalista. Aquel círculo vicioso: "No había dinero porque no había producción y no se producía porque no habían mercados, y no habían mercados porque no había producción ni dinero" fue desmoronándose ante el crecimiento del mercado interno, la inyección de capitales suministrados por el Estado -petrolero, la instalación de la infraestructura y los estímulos crediticios a la producción.

"Ellos le vendían a los campesinos. Cambios por tierras. Cualquier pobre llegaba y les decía: -Mire, vengo a venderle una cuadra de tierra o dos cuabras de rastrojo pa' comprar mercancía- Y él le decía: -Yo le compro siempre y cuando usted me ayude a tumar monte. -Sí, cómo no, yo le ayudo-. Entonces ellos vendían herramientas y ropas".

El cambalache permitía a los hacendados obtener tierras, trabajo y capital a cambio de herramientas y mercancías necesarias para el campesinado.

Las condiciones socio-económicas del agro andino en aquellos años se prestaba a este tipo de transacciones. Hay que desechar las interpretaciones subjetivistas o sobresimplificadas que mostrarían a los terratenientes-comerciantes como unos chupasangre del campesinado. Si la Ley y la realidad económica ofrecían aquellas oportunidades para acumular capital, es comprensible que se hiciera uso de ellas.

-Don Eleazar, ¿UD. Piensa que los italianos que vinieron acá abusaron de la gente?-

- Eran vivos. Claro que podían haber engañado a muchos, pero no por maldad, sino que se dejaban engañar. Venían a venderles y ellos que estaban por comprar, bueno, pues compraban barato. Y eso lo hacían aquí todos los que po-

dían, no sólo los italianos.*

Es indiscutible que para don Eleazar lo que hacían los italianos al comprar la tierra tan barata o adquirirla por medio de hipotecas era lícito. La explicación, a grandes rasgos, es ésta: Yo quiero comprar tierras para ponerlas a producir, pero no las tengo y quien las tiene no las sabe explotar o no le interesa. Si ofrezco comprarlas o voluntariamente me las ofrecen a precios bajos, desde el punto de vista de mi necesidad de ahorrar capital e invertir inteligentemente mis recursos, no voy a dar un precio más alto. "Negocio es negocio y comerciante es comerciante", remata don Eleazar.

Las formas de acumulación de capital abarcaban desde la compra o remate de fincas, hasta el crédito con el café o la utilización del trabajo. Veamos:

"El señor Ramón Monzón conseguía las tierras con hipotecas embargando a los propietarios. Con el café hacía crédito. Antes el café pasaba de mano en mano adquiriendo utilidades. Papá les vendía a los Monzón y los Grisolia. Ellos adelantaban plata, uno estaba necesitao ¿ve? y ellos adelantaban plata y luego cobraban con las cosechas de café. Mi papá pedía a cuenta del café y luego no le quedaba nada. El año

* Es cierto que no sólo los italianos se valieron de esta ley. Algunos hacendados merideños también la emplearon. El mayor éxito de los italianos no estribaba exclusivamente en el uso de la ley, sino en su mayor capacidad del trabajo, sentido del negocio, espíritu de ahorro y una vida sana y sin excesos.

de la finca le daba crédito a los productores. Se daba a los pequeños y medianos porque los grandes no tenían necesidad. Y como el café es cada año que produce, cuando arreglaban cuentas quedaban de biendo. Y si era hipoteca remataban al propietario, si era crédito le quitaban el café y no había más crédito. A los que quedaban sin sus propiedades los grandes hacendados les daban una casita para que les trabajaran, ganando 1.25 diarios, con las tres comidas. Eso fue hasta el 45*.

Se hacía cambalache por todo. Los hacendados y comerciantes obtenían ganancias no sólo con las hipotecas, sino con el adelanto en dinero a nombre de las cosechas, porque además le ponían un interés que ellos llamaban "Descuento".

"Donde don Leoncio Retancourt yo recuerdo -relata Jose Vicente- que le servía a la gente. Dígame que no paraban hueso a la mazamorra como se dice. Se llegaba necesitan: -¡Ay, que tengo la finca en el rastrojo y no tengo con qué pagar!- o: -¡que tengo que comprar dos vaquitas pa' que tengan un pastico, pero no tengo con qué comprar las vacas! Don Leoncio, necesito que usted me ayude-, -Sí, -cuanto querés. Sí, pero me da así como - le he dicho: 2 ó 3 pesos menos en carga y cuanta plata quiere. Bueno, me firma una letra-. Era también gente conciente. Llegaban y le decían: -Pero, bueno, vengo pa' que me lo vuelva a facilitar-. -Llévelo-. Pero con la chuzita de los tres pesos no conciento. Fran 3 pesos, eran 12 bolívares menos en carga. Si le costaba 200 Bs. la carga de café, o muy cara, 400 por 10 cargas, 4.000, ahora de esos 4.000 tenía que darle a él 120 Bs. de propina. Y eso no sólo aquí, eso es en La Azulita y donde quiera. Era el descuento".

* Se entiende que fue hasta el 45 pues hacia los años 50, las formas de acumulación de capital se desviaron hasta la adquisición de propiedades y comercio en Mérida.

El hacendado hacía negocio y el campesino "cambalache". En la transacción se combinaban dos épocas, dos mentalidades. - El uno buscaba la ganancia y el otro la subsistencia. Puede entenderse así en los tratos verificados entre señores y campesinos, entre éstos y comerciantes. Negocio entre hacendado y comerciante, cambalache entre campesino y señor, trabajadores y trabajadores, medianos productores y medianos comerciantes. Vi gamos a José Vicente:

"Se producía el pan aquí mismo, amasábamos los viernes y los martes, los viernes y los sábados se les despachaba a los campesinos en sus bestias, en canastos, y eso lo vendían a los pulperos entre sábado, domingo y lunes, y el martes a amasar y el miércoles a vender por los campos en un burrito, en una yeguita. Eso lo hice yo también, por los campos, por todos los negocios. Llegaba uno y lo dejaba fido, una cuenta, se le sacaba un bulto o sea 4 arrobas de 47 kilos de harina se sacaban 20 cuentas, y al 10 por 8, o sea que se daban 5 bolívars por 4, como es ahorita. Llegaba uno: -Que mire, que no hay plata-. -Eso no importa, lleven 8 a tal viaje. Bueno, pero no tengo para pagarle sino la mitad-. -No hay problema-. -Buscando el cliente ¿no? Entonces uno le encargaba la mantequilla, los huevos. Si tenía la manteca, -Ah, que mire, que yo tengo una lata de manteca, la vendo. -Ah, pero no hay plata. -No pues me la va pagando con el mismo pan".

-¿Es eso lo que llaman trueque?

-No, trueque no. Se volvía uno la mano, ¿ve? Cambalaches convencionales. Como yo decirle a Jesús: -Mire, le cambio este sombrero por una arroba de papa-. La panera: Mire, que yo tengo buena panera-. Entonces uno le decía al jefe de la panadería: -Mire, que fulano de tal quiere ser cliente de nosotros, que si le compramos dos pacas de panera. -Bueno, cómo no, pero dígame que no hay plata. Le pagamos con los mismos panes. -Bueno, cómo no, no hay problema-. Así es. Le encargaban a uno las viejitas por ahí: -Mire, que yo le aparto los huevos pa' la panadería, pero me vende 3 libras -en ese tiempo era muy común la libra, 460 gramos de harina criolla, la llamaban harina norte-, me trae 3 libras de harina-. Y aunque José Vicente no gusta de la palabra trueque, don Eleazar

sí le da esa denominación: -Había mucho el sistema de trueque. Usted me traía unos huevos y yo le daba unas panelas.

El trabajo podía pagarse en especies, que viene a ser también un trueque. En Jají se sembraba mucha caña, necesaria para la elaboración de panela y aguardiente. La panela era como el azúcar ahora. -Aquí nadie usaba azúcar porque era muy cara. Había una azúcar que llamaban "de panelita", que valía tres lochas. Era chiquita y valía una locha más que la panela, que era el doble de grande y uno la compraba más. Y los peones la conseguían por trabajo. Un elemento trabajaba toda una semana y la mitad de la semana -si era padre de familia- se la llevaba en papelón na' darle a los hijos-. Eso recuerda don Fleazar. Y José Vicente: el que trabajaba decía: -mire, yo quiero 6 panelas-, y bueno, y el otro seis, y así. O se las daban a precio de costo, más barato que en las tiendas. También acostumbraban con la sal. Los hacendados compraban los bultos de sal de 50 kilos, la llamaban sal Araya -una sal grandísima, gruesa, pesaba hasta 1/4 de kilo cada grano y había que darle duro con una piedra de lo puro dura que era- costaba 8 Bs. el saco de 50 Kilos, 16 Bs. la carga y valía 7 Bs. el flete de Ejido aquí. Esa también se daba como salario.

-Los Monzones, por ejemplo -tercía don Fleazar- tenían allí un almacén de víveres y de ropa. Entonces les pagaban ahí con telas, con todo lo que necesitaba un pobre para la sostención de la familia. Con ropa, pescado, panela sal, manteca de cochino...En ese tiempo no se usaba el aceite, porque el que venía era italiano o español. Eso lo usaba la gente de posición, pero los pobres no podíamos. Usábamos manteca de cochino-. A mí me contaron que a veces pagaban con chimó. -Sí, porque como aquí no se producía y era muy apreciado por los campesinos, lo traían de San Juan y ellos lo pedían como salario.

Entre los agricultores campesinos, especialmente los pequeños propietarios, se mantuvo durante largo tiempo (más o menos hasta el 50) las formas de trabajo comunales conocidas como "mano vuelta" y "convite", que ellos también denominan "cambalaches de trabajo", y que podemos tomarlas como formas de trueque en trabajo, propias de sociedades agrícolas comunales.

"La gente tomaba palas, azadón, yunta de bueyes, bestias. Araban la tierra entre todos, almorzaban, quedaba el barbecho listo. Al final se bailaba. Comíamos carabinas, tomábamos chicha, aguardiente. Eso fue como hasta el 50. Se conservó más la mano vuelta. Un día se trabajaba para una persona y esa otra trabajaba al otro día para ella. Se ha perdido porque la gente se ha vuelto pícara".

Así finaliza don Nicolás Vielma su remembranza de tiempos que él considera fueron mejores. Y José Vicente:

"Hacían sancochos, hervidos de cochino, de gallina, chicha, hallacas. Se invitaba a 20 ó 30 gayanos. Una costumbre muy bonita. Era como una fiesta. Todos trabajando, cantando y después a bailar. También daban licor para despertar el cuerpo. Todo eso se hacía en cayapa. Y después, a los tres meses, el otro hacía convite también. Para cortar maíz o cualquier otro trabajo de rompedura. Los medianos trabajaban con los otros a mano vuelta, lo que llamaban cambalache. Con la escardilla y los bueyes. Un ejemplo: usted tenía una hacienda, una semana su esnoso me ayudaba a mí y después él me avisaba pa' tal semana y así. Pero era mejor el convite, porque se trabajaba con muy buena voluntad. Porque ya le digo, eran cayapas, que el uno le daba café con leche y el otro también. Si uno hacía la parranda y el sábado le daban su media botellita pa' fin de semana, se echaba el calentao de quiebrahuesos y pa'lante, salía uno contento pa' bailecito. Uno iba a la casa, se cambiaba y a esperar la bestias y córrele. Parábamos la fiesta. Esos bailes sin pagar un centavo y amanecíamos bailando y comiendo pavos y gallinas a todo mecho y sin un pleito, ni un sí ni un no. Después quedábamos comprometidos que a los 8 días íbamos a casa del otro amigo a trabajar y a fiestiar también".

La costumbre murió definitivamente tocando ya los años 50 de nuestro siglo. Ellos lo atribuyen a "que la gente se ha vuelto pícara", o "cuide la pereza". Don Eleazar dice que "Todo eso se terminó por la cuestión de que la gente se fué, se acabó la siembra y más nadie sembró y las mediaciones se acabaron. Ya nadie dio más a medias, nadie sembró más en convite". Se acusan los efectos indirectos de un fenómeno mucho más complejo. El que hayan muerto los sistemas de convite y medianería - obedece a razones socio-económicas de origen nacional y regional. Hacia el año 50 el capitalismo industrial avanza sobre el país. El campo quedaba atrás en aquel despunte capitalista. Ante la perspectiva de una mejor vida en la ciudad, y de trabajo con mayor salario, el peon empezó a emigrar. Allí aprendió que su trabajo tenía un valor y cuando volvió (en forma esporádica y provisional) ya se había desprendido de su colectividad y los valores comunales que ella aún defendía.

En cuanto al medianero, fue desapareciendo a medida que tal actividad se tornó antieconómica para él. Esto es: el salario pagado en efectivo sustituyó progresivamente al salario pagado o completado en especies, y el trabajo que el medianero realizaba en un conuco no estaba garantizado - contra los imprevistos que siempre acompañan a la producción agrícola. Un mal tiempo, una plaga, podían liquidar las esperanzas de buenas cosechas, y con ello, la posibilidad de ganancias. El agricultor que se arriesgaba a trabajar en medianería lo hacía alentado por la idea de aumentar sus ingresos y contando con dos elementos: su propio trabajo y las condiciones benévolas del tiempo. Generalmente, - una vez que se constituía en medianero procuraba no fallar como trabajador, pero si la suerte no le acompañaba, perdía las cosechas y sus esfuerzos. Mientras la mano de obra fue barata y no hubo otras alternativas de mejoramiento económico, la medianería y el arrendamiento eran las mejores formas de hacerse de un capital, pero a medida que la mano

de obra aumentaba de precio se hacía cada vez menos tentador arriesgarse en medianería. El medianero fue desapareciendo. No así el arrendatario, puesto que el éxodo en el campo alcanzó también a numerosos propietarios que empezaron a residenciarse en las ciudades o a invertir capitales en actividades más remunerativas, dejando sus haciendas bajo el cuidado de un arrendatario.

Las prácticas de mano vuelta y convite fueron casi exclusivas de los pequeños y medianos propietarios. No se tiene noticias que las aplicaran en las haciendas, donde privaba el trabajo a destajo, individual y competitivo, cuya paga podía ser sólo en efectivo, o mitad en efectivo y mitad en especie. El salario en dinero se instalaría definitivamente hacia los años 50. Este tipo de salario eliminó el complemento de las tres comidas y la segundilla.

La eliminación de las tres comidas dentro del salario y la sustitución de las especies por dinero se debió tanto a un aumento del circulante monetario como a razones más particulares: el éxodo de la mano de obra campesina no fue sólo masculina. También empezaron a emigrar las mujeres. Su marcha dejó las haciendas sin servicio doméstico. Ya no se conseguía quien preparara la comida para un número considerable de personas. La esposa del hacendado era reacia a realizar este tipo de trabajo. Además, la calidad de vida del venezolano mejoraba, y los peones se sentían descontentos del tipo de alimentación que se les servía. Su alimento tradicional, consistente en arvejas o caraotas, queso, salmón o sardinas y cambures, ya no les gustaba. Empezaron a exigir pescado fresco, carne, sopas de res, etc., y la satisfacción de tal petición resultaba muy onerosa para el hacendado quien prefirió eliminar las comidas y aumentar el salario.

El campesino sigue fiel a la tradición. La revolu -

ción que implicaron los italianos no la pudo absorber y aún le cuesta entenderla. "La costumbre era sembrar maíz y carao tas y eso es de poca productividad y muy barato", machaca don Eleazar. El campesino no entiende cómo alguien puede comer repollo, zanahoria, lechuga, remolacha. No pensaba en un mercado que traspasaba sus propios hábitos alimenticios. Don Pedro Guerra dice que ellos no comían hortalizas. "Ellos decían que no eran conejos para comer lechugas. Ahora es que están aprendiendo a comer hortalizas". José Vicente piensa que el avance de los europeos se debe a su mayor estudio.

"Porque el que le sale estudio con una hectárea vive divinamente. ¿Ud. no ve los españoles y los italianos? Llegan comiéndose las uñas ¿verdad? y compran un chicharrón de tierra, 1.84 m², y de la noche a la mañana se ven vendiendo repollos, ajos, zanahorias, pepinos... ¿y teniendo - uno las mismas manos por qué no lo puede hacer? Pa' mí que somos modelo de negligencia, de incomprensión. Por retardatarios".

Debemos recordar también que el campesino se acostumbró a comer lo que podía y a vivir como podía. Si obtiene un dinero extra no sabe que hacer con él. No pudo desarrollar el sentido del ahorro, de la compra útil, de inversión. "Vive al día", según lo que va saliendo. Carece de la idea de progreso. En cambio desarrolló el sentido utilitarista de personas y cosas.*

* Algunos ejemplos de tal característica: un jajicense agricultor me preguntaba: "¿por qué el gobierno da créditos para producir flores? Las flores se pudren y hay que votarlas. No son de ninguna utilidad". Cuando la esposa de este señor vendió una mata muy hermosa a una turista, se quedó sorprendido que alguien diera 50 Bs. por una mata. "¿Cómo es posible que una mata valga más que una gallina?" Asimismo comentaba que no entendía por qué el gobierno gastaba plata en deportes, una cosa inútil que no producía nada. Pude observar que cuidan las gallinas y las vacas, porque unas dan huevos y las otras leche, pero los pájaros, aunque muy lindos, pueden matarse. No producen nada digno de consumirse o venderse.

-Don Pedro, ¿Por qué si ahora hay más trabajo y mejor salario, el campesino, aún el que se queda acá, no quiere trabajar?

-Es por lo mismo que el aumento de sueldo la gente trabaja poco porque con lo que trabaja en una semana se suministra 2 ó 3 semanas más, y con una persona que trabaje los demás están comiendo, y se sinverguenzió la gente de una manera que no quiere trabajar. O trabajan un tiempito, descansa y después vuelven a buscar un trabajo. Y así se están.

-¿Y no piensan en trabajar constantemente, ahorrar plata, mejorar y vivir mejor?

-No, no piensan en eso los campesinos.*

Las innovaciones que traen los forasteros le asombran y llenan de admiración, pero no puede asimilarlos. A la hora de sembrar siembra lo mismo y de la misma manera. En cuanto empezaron a morir las formas tradicionales de producción, a modificarse los hábitos de vida, no supo adaptarse al cambio. Muere el convite, muere la mano vuelta, el trabajo familiar se pierde, y ellos se lamentan, dicen que aquellos tiempos fueron mejores y no tratan de adaptarse a los actuales, de modernizar la agricultura. El pasado rural los aplasta. Lo máximo que hacen es irse a la ciudad, creyendo que su aparente riqueza les llegará fácilmente. Y allí servirán como mano de obra barata, como domésticas, sin sobrepasar su estado ca-

* Vicencio Dávila, hijo de don Eleazar, cuando tomó a su cargo la hacienda, ofreció al ordeñador: "Si usted hace rendir la leche, evitar la mastitis, etc., yo le pagaré, un poco más", y él le dijo: "tengo que trabajar más, ¿Y para qué quiero más dinero?"

sí marginal. En cambio el italiano que llega como albañil, a los cinco años es ya propietario de una pequeña fábrica, de una hacienda o socio en una empresa constructora.

El campesino agricultor, fuera propietario de una parcela, viviera de prestado en un conuco o estuviera totalmente desprovisto de alguna propiedad, trabajaba con toda la familia. Y tal forma de producción la desempeñaba tanto en su propiedad como en la del hacendado o en la fincas de amigos y parientes.

-¿Antes trabajaba toda la familia?

-Sí, pero eso casi que se acabó. Por ejemplo, un padre de familia en la casa son seis y hay una buena cosecha de café, le dice a la señora: 'madrugue a las 5 a hacer la arepa y vámonos a ganar los cobres al hacendado'. Y arranca con el avío, y en la noche salen con sus billeticos. Con todo y hijos van, porque un muchacho de 7 años ya coge su medio palito de café que hoy son 10 Bs. Pero eso es por allá en diciembre porque ahora los niños están en la escuela. Ya no es tan común, los jóvenes se van-. Eso nos dice José Vicente. Es bueno aclarar que la mano de obra familiar, cuando se empleaba en una hacienda para coger café, obtenía un salario por individuo, - pero en cuanto se avocaba al trabajo del conuco o a la medianería, no percibía ningún salario, siendo el padre de familia quien al vender la producción tomaba para sí lo obtenido y lo distribuía a su arbitrio. En este caso las ganancias se daban por la no retribución salarial del trabajo familiar. La experiencia de Domingo Antonio Vielma es bastante ilustrativa:

-Cuando usted trabajaba de mediero para don Eleazar, ¿Hacía otro tipo de trabajos para él?

-Yo ayudaba en la cogida de café y eso él me lo pagaba. Y si él me requería pa' chaguar, rozar, lo que fuera, pa'

llá iba. Eso era varios días a la semana. Yo tenía a mi mamá y una finquita allá en asociación, finca materna que llaman, y yo vivía ocupado. Cuando me sobraba tiempo iba para allá a trabajar.

-¿Y por qué teniendo esa finca en asociación usted trabajaba como medianero?

-Porque era una finca muy pequeña y no había suficiente ingreso. Uno tenía que resolvérsela. Yo trabajaba como medianero, ¿ve? y en la finca de mamá me ayudaban los hermanos pequeños. Yo veía de una manadita de hermanos. Yo los reunía a todos, les decía "hoy hay que trabajar en tal parte", y ellos me obedecían. Se iban a trabajar conmigo.

El sistema de trabajo practicado por el hacendado con la mano de obra era bastante flexible. No existieron los métodos compulsivos. Se supone que la mano de obra era esencial para los tiempos de acopio de cosecha, después podían hacer lo que quisieran. Aún en el caso de los medianeros funcionó ese método. El amo de finca no utilizó la tierra para obligar al trabajador a rendirle una renta de la tierra. Lo utilizó para atraerlo y fijarlo a la hacienda. De este modo contaba con trabajadores en las fechas cruciales de la recolecta y para oficios menores. La tierra y una casita eran la mejor manera de conquistarlo.

-Don Pedro, ¿los campesinos que trabajaban en las haciendas vivían en casitas dadas por el dueño?-

-Sí, pero no siempre. Otros vivían aparte, en su propia casa. En realidad, casi todos tenían casitas en otras haciendas. Mercedes Barrios, por ejemplo, vivió en la finca de don Eleazar en una casita, le trabajaba a él y a los Monzón. La gente tenía que ayudarse trabajando en

distintas partes. Lo de la casita era para tener ahí a la gente cuando se la necesitaba, pero de resto podía trabajar en otras partes.

Ya Domingo Vielma nos había contado:

"Cuando trabajaba de medianero a don Eleazar, yo podía trabajar en la finca de mi mamá y a otras personas. Yo le trabajaba a don Alfonso Guerra, hijo de don Antonio Guerra".

José Vicente también explica lo del conuco:

"El propietario le daba ahí pa' que sembrara. Era rentable el conuco. Los tenía alojados. Les daba una cuadra de terreno, ahí vivía el campesino con la mujer y los hijos y todos le trabajaban al hacendado y sus tierritas del conuco. Cuando pasaban los meses de la cosecha le trabajaban a otros".

Los europeos también adoptaron este sistema con sus trabajadores. Don Pedro Guerra Fonseca nos habla de tal adaptación: "Los italianos tuvieron que adaptarse a las costumbres de acá. Los campesinos decían que sí había que sembrar en tal o cual fecha, que si la creciente, que si la menguante. Papá tuvo colonos, como todos los hacendados de Jají. No recuerdo que tuviera medianeros. Papá les daba una casita y un terreno alrededor para que ellos cultivaran a voluntad. Yo no recuerdo las condiciones, pero nunca ví que llevaran productos como maíz o caraotas para la casa. Lo que llaman medianeros, no. Eran más que todo familias que papá quería retener en la finca. Había un Angel Paredes. Tenía dos casitas pegadas, una de vivienda y otra de cocina, y alrededor un terreno regular donde tenía gallinas, maíz, caraotas. Muchas veces algunos colonos le decían a papá: Don Antonio, esta semana no le voy a trabajar a usted porque me comprometí con fulano de tal, ¿No tiene trabajo urgente que hacerle? -No, no hay, puede irse.

-Entonces, por el hecho de que se les diera tierra y casa, ¿no había obligación exclusiva?

-La había en la época de recolección del café. Ellos mismo tampoco fallaban, porque si él no podía mandaba a la mujer o a los hijos. Era gente cumplidora.

-¿Y la mano de obra contratada se quedaba ahí mientras duraba la recolección?

-Depende. Los que tenían su casita se iban a dormir allá. A los otros se les daba habitación. Era un sistema de trabajo bastante laxo. Igual lo hacían los demás hacendados.

Una vez concentrada la tierra en una gran propiedad y disponible la mano de obra necesaria para su explotación, el hacendado se dedicó a sembrar extensamente el producto de mayor demanda internacional. La forma de trabajar la tierra continuó indemne en sus métodos tradicionales, pero la comercialización del producto se integraba al circuito capitalista mundial, obteniéndose un pago monetario por su venta. Dicho pago se traducía en ganancias para el hacendado y en un salario para el trabajador. La mano de obra rendía un plus trabajo que se manifestaba en los excedentes de producción, pero como dichos excedentes no entraban en una economía industrial, el dinero no circulaba, no alimentaba otros estratos de la economía, no se reproducía. El hacendado lo revertía en la compra de más tierras, de ganado o en mejoras dentro de sus propiedades. También acostumbraban comprar una finca, mejorarla y venderla a un precio más alto. Era lo que se llamaba "adelantar fincas". Tal sistema no era potestativo de los hacendados. Algunos medianeros y arrendatarios pudieron hacerlo. Se supone que en ambos casos el poder obtener una parte de la cosecha se reportaba en ingresos. Esos ingresos se traducían en un

pequeño capital con el que compraban una finca o lo prestaban a interés. Ejemplos:

-Vicencio, ¿Cómo hizo su papá para comprar la hacienda El Naranjal?

-El tenía El Tesoro y la producción y los precios fueron buenos. Eso le permitió ir acumulando un pequeño capital que él iba invirtiendo en hacer negocios y aumentar el terreno, comprar una finca, mejorarla y venderla después a un precio alto. O simplemente irse expandiendo, comprar otras cosas...

-Don Pedro, ¿Cómo adquirió la hacienda en Mucundú?

-Era alquilada. El dueño era Neptalí Vielma. Con la plata que saqué de su explotación compré otra. Yo el capital que iba sacando de la finca lo ahorraba, guardándolo en la casa. Lo prestaba a interés, compraba una finca y se la vendía a otro, con precio crecido. Tenía utilidades.

Y don Domingo Vielma, el mediero de don Eleazar:

"En las tierras de don Eleazar lo primero que sembré fue papa y eso me dio buena cosecha. De ahí saqué -yo y compré finquita, y en esa época como eran baratos los terrenos. Saqué 4.000 Bs. y compré una finquita de 6 cuabras"

-Usted la finquita la compró al contado?

-No, yo primero compré la mitad y la otra mitad que dó fiada. Después seguí pagando. Yo le di 4.000 Bs. adelantado, era lo único que tenía, y los otros 4.000 los fui pagando poco a poco en un año. Con lo que trabajaba en la mitad mía iba pagando la otra mitad.

-Don Pedro, ¿Qué hacía el dueño de la hacienda después que vendía el café? ¿Qué hacía con la plata?

-Ah, pues como no habían bancos adelantaba fincas. Compraba más tierras. Y el que podía compraba su caja de hierro y guardaba el dinero-.

Atesoramiento, latifundio, negocios a interés o adelantos de fincas eran la mejor manera de emplear las ganancias obtenidas.

Se trabajaba de 6 a 6, de lunes a sábado. Oigamos a don Eleazar:

"Se trabajaba todo el día, de 6 a 6 y de lunes a sábado. Esa costumbre era ley desde 1850, pero en 1940 empezó a cambiarse. Bueno, antes, cuando López Contreras que puso otro horario: 8 horas de trabajo y de lunes a viernes. Pero uno seguía la costumbre. Y por necesidad. Había pobreza, desnudez, hambre. Sin plata, la gente - con parásitos, lepra, tuberculosis. Habían los trabajadores fijos y temporales, y el trabajo familiar. Pero eran más abundantes los temporales. Venían de San Juan, La Parroquia, La Mesa, La Quebrada, Chichuy. Venían a coger café, 50, 60 personas. Algunos se quedaban trabajando en la hacienda".

Y José Vicente:

"...en ese tiempo se trabajaba mucho, aunque estuviera lloviendo. Eso no se reparaba, como ahora. Se ponía uno un costalito salero por las costillas y listo, y de allí salir a echarle de comer a los bueyes hasta las 7 de la noche, y al otro día a las 5 y media de la mañana, a pegársele pues, y el sábado hasta las siete de la noche también".

"Había el colono o peón fijo -rememora don Pedro Guerra- que trabajaba más que todo en la época de las cosechas de café, pero no era suficiente. Papá contrataba mano de obra temporal. La buscaba en los pueblos vecinos, de San Juan, de

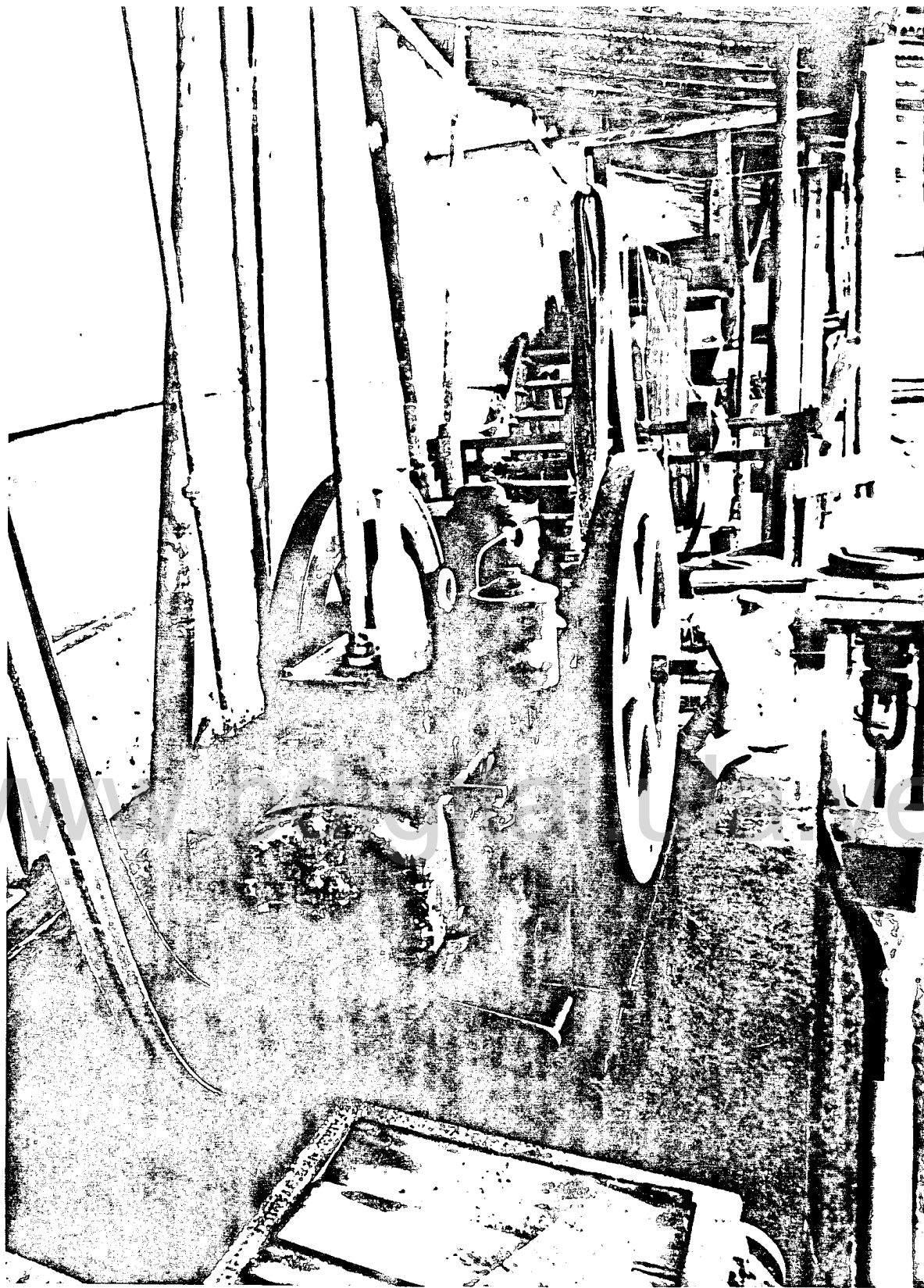


Foto 11.

Molino a gasoil.

Ma. Josefa Pérez.

La Mesa de Ejido. Escaseaba el personal, la mano de obra de por ahí no alcanzaba, estaba ocupada en las fincas cercanas, en donde los Grisolia, los Monzón. Y además todos los otros campesinos tenían también finquitas pequeñas. A veces ellos sembraban café y se ocupaban recogiendo, pero siempre iban, de otras fincas, de otras casitas. Trabajaban en distintas partes sin faltarle al dueño. Recogían rápidamente el café del propietario y se iban a recoger en otras fincas. Las mujeres eran las que más recogían café".

- Además del café, ¿en qué otras cosas trabajaban?

- Si era obrero fijo tenía diversos trabajos: cercar, zanzar, podar los terrenos, destalar los árboles de sombra, resembrar café. Hacían de todo un poco. No había especialización. El que era un poco aparte era el ordeñador.

Se contaba con diferentes alternativas para ganarse la vida. Hubo pequeños propietarios que sembraban caña cuando ésta tenía alta demanda, y contaban con un trapiche manual donde hacían papelón.

"Por lo menos pal asunto de la azúcar que no había, ¿ve? había era panela solamente. El que tenía trapiche de mano molía la caña y con eso destaba la miel y no tenía que comprar panela. A veces vendía, si le sobraba. Eso duró hasta el 40, más o menos".

Eso nos cuenta don Pedro Vielma. Y don Eleazar:

"Cada quien tenía su trapichito. El que no tenía de hierro tenía de palo, que jala uno pa'ca y otro pa' llá, y muele la caña. Sacaban la panela a vender, aunque era sumamente lo barata. Se vendía aquí en el pueblo y se mandaba pal Lago de Maracaibo. También vendían la melaza para los alambiques porái de rabipelado".

- ¿Qué pasó con la caña? ¿La eliminaron?

-Empezaron a tumbarla pa' hacer potreros. Y además empezaron a traer de San Juan y de Lagunillas, panela dura, de buena caña. En cambio la de aquí es floja.

"Aquí sembraban mucha caña de azúcar. -cuenta José Vicente-. Habían trapiches en general. El papelón lo vendían a Ejido, Tierra Fría, por aquí. Yo me acuerdo en aquel tiempo que sacaban la panela líquida, así fuera negra, pues negra es mejor pa' sacar miche, a los alambiques, lo que llaman los cachicamos, en ese tiempo pues era de contrabando. Trabajaban de noche. De una panela sacaban dos litros. Saque la cuenta, en ese tiempo era a 3 reales el litro de aguardiente, o sea que llamaban caña doble, miche o aguardiente. Y también de la cachaza sacaban pa' puercos y ganado".

-Quiénes sembraban caña?

-Todo el que podía sembrar caña en su rastrojo lo sembraba. Los medieros, los dueños de trapiche propio, los dueños de hacienda-.

-¿Casi todos tenían sus tierritas?

-Con los bosques por cuenta de uno, uno hacía lo que le daba la gana. No había ese asunto de la Guardia Nacional. Uno se armaba de su lotecito.

Esto lo ratifica don Nicolás Vielma:

"Antes no se cercaban las propiedades. La gente tomaba tierras de mantaña, tumbaba árboles y formaba un lotecito. Habían costumbres de comunidad".

De lo dicho por los entrevistados se deduce: 1) la mano de obra era bastante libre, podía desplazarse a diferentes haciendas en busca de trabajo. Esto corría igualmente para el peón fijo siempre que cumpliera en primera instancia con el hacendado; 2) La mano de obra más abundan

te era la estacional, procedente de otros pueblos, de lugares cercanos y del mismo Jají; 3) Se hacía necesario contratar mano de obra temporal porque así lo exigía el café, de cosecha estacional y abundante, y porque el escaso número de peones fijos no daba abasto; 4) El que la mayoría de los agricultores jajicenses tuviera una pequeña finca en propiedad les otorgó libertad de decisión en cuanto al sitio y tiempo de trabajo. Si quería aumentar sus ingresos podía emplearse como obrero fijo o temporal, pero no estaba obligado; 5) El cultivo de exportación o de alta demanda regional no era exclusivo del gran hacendado. Podían sembrarlo los medianeros, los pequeños y medianos propietarios. Sólo el conuquero estaba restringido en tal derecho, más por razones de lógica productiva que por prohibición del amo de finca. El conuco se establecía por corto tiempo, podía abarcar de seis meses a uno o dos años, y el colono prefería aquellos cultivos de rápido crecimiento y maduración como el maíz y las caraotas. Cultivos como caña de azúcar o café, de cosecha anual, no eran recomendables dentro de la economía de subsistencia.

Es difícil dar una denominación específica a este tipo de trabajador que de acuerdo a la situación económica o sus ambiciones personales se bandeaba como podía, sin que tampoco los grandes hacendados pudiera ejercer sobre él presiones forzosas. Podemos afirmar que era un trabajador libre y que sólo la necesidad o los deseos de mejorar lo impulsaban al trabajo en tierras ajenas. También es notable que todos recibían un salario, cualquiera fuera su condición, de acuerdo al trabajo realizado. Tanto los que vivían en casitas del hacendado como la mano de obra contratada, recibía un salario. A igual trabajo, igual salario. Dentro del salario se contaban las tres comidas. Era un salario bajo: 1.25 diarios, con las tres comidas y segundilla hasta el 45; de esta fecha hasta el 50, 1.50, comidas y segundilla. Del 50 en adelante, 5 Bs. diarios, sin

comidas ni segundilla.

Los trabajos como chaguar, rozar, la limpia, la recolección de café, se pagaban a destajo.

"Uno la limpia la pagaba a destajo. Bueno, todavía es así. Uno le marcaba un pedazo, una cuadra"*

Don Eleazar precisa:

"Del 38 al 50 se pagó por palito 0.50. Uno daba las tres comidas. Al principio se daba carne porque ésta era barata, a medio la libra. Se daba jueves y sábado 1/2 libra para el almuerzo. Se hacían tres raciones al día, fuera de la segundilla. Del 45 en adelante se eliminó definitivamente la carne porque se puso muy cara. Hasta el 50, las raciones fueron: al levantarse, tragos; al desayuno: refresco, guarapo o café, arepa, mantequilla y queso; al almuerzo: sopa, yuca o plátano, fideos o arroz, sardinas; la segundilla: pan y café; la cena: arepa, perico, guarapo".

El salario exiguo obligaba al campesino a trabajar en varias partes y a ejercer distintos oficios.

"A Mercedes Barrios se le pagaba 1.50 diario con la comida. Pero tenía que comprar una arroba de cambures para la familia. Le quedaba un real para comprar las demás cosas. Por eso la gente tenía que ayudarse trabajando en distintas partes".

El salario asumía diferentes formas: a destajo, en efectivo y especie, en efectivo y en fichas. Así funcionó

* Chaguar es eliminar el monte en los potreros. Se utiliza un machete para cortar la maleza alta y se deja la maleza baja. Chague y roza es lo mismo. La limpia se aplica con los cafetales. Se elimina la maleza con escardilla a fin de que tarde más en brotar y quede el terreno limpio.

hasta 1950. El salario en especie y efectivo fue el más común y nos habla del carácter ambivalente de esta economía: capitalismo mercantil y agricultura tradicional. El salario en fichas asumía dos formas: podía el trabajador adquirir mercancías en el almacén del hacendado, o la ficha quedaba como garantía de su trabajo en tanto llegaba el dinero.

El oficio de medianero fue bastante común.

"Casi siempre uno se ofrecía de mediero -apunta José Vicente-. El hacendado daba la tierra, los bueyes, las semillas. El trabajador sembraba y lo que producía era mitad y mitad. El ordeñador era muy favorecido, sobre todo en las haciendas donde había mucho ganado de leche. En esos hatos también habían cochinos, caballos, mulas. Porque si cuajaban el queso, donde salían de 80 y pico a 100 y pico de litros de suero, ¿qué lo iban a hacer? Pues tenían grandes cochinadas. A cada hato le tenían su nombre. El señor Monzón tenía 4 ó 6 hateros en cada hato. En La Mesa, La Quijada, La Burrera, Miraflores, La Sucita y así por el estilo, ¿no?. A cada hato le tenían su nombre, a cada hato le correspondían sus 40 ó 50 vacas. En aquel tiempo le pagaban 30 Bs. -estando yo muchacho-, por ordeñar 30 vacas: mensual, pero la gente salía ganando porque le daban los cochinos a medias, y las gallinas pa' ellos y le daban barbechos para que sembraban maíz y caraotas. Si engordaban cochinos, pongamos 10 cochinos al año, 5 pal dueño y 5 pal hatero".

-Señor Domingo, cuando usted fue medianero de Don Eleazar, ¿cuáles eran las condiciones?

-Las condiciones fueron de que él daba los bueyes, las semillas y yo ponía el trabajo. Yo de ese señor no tengo nada que decir. El me prestó la confianza. Yo agarraba la cosecha y él me decía, vaya y la vende. Entonces yo la vendía y traía el dinero y lo partíamos. Aquí está su dinero, y lo contaba. Me daba completa mi parte, ¿ve? mitad y mitad. Era lo justo.

-¿Qué extensión tenían las tierras que le confió don Eleazar?

-Más o menos seis cuabras.

-¿Y qué sembraba ahí?

-Maíz, caraotas, papa. Más nada.

-¿Y dónde vendía eso?

-La papa en Mérida. Lo otro era pa' llevar pa' la casa.

Si el medianero, el peón, el minifundista o el conuquero se manejaba bien podía superar su situación. Dentro de ellos, el medianero era quien gozaba de mayores facilidades para convertirse en un pequeño o mediano propietario. Al disponer de un pequeño capital, si procedía con la mesura y la previsión de don Domingo Vielma, podía ahorrar, fiar y adquirir una propiedad respetable. Don Domingo Vielma dice, con gran sencillez pero con orgullo:

"Me dí maña, hice economías y compre finquita. Desde que dejé de trabajarle a don Eleazar no le trabajé a más nadie. Vivo de lo mío. Crié mis hijos y les dí educación".

También el arrendatario, como don Pedro Vielma, o el Mayordomo, quien en la administración de una hacienda ganaba un sueldo y disponía de parte de la producción interna, tenían excelentes oportunidades para mejorar su situación económica. Se requería ambición, capacidad de trabajo y de ahorro, honradez y responsabilidad. Es notable que entre nosotros el régimen de propiedad privada no cercó totalmente al individuo, brindando márgenes de libertad e iniciativa individual, que podían ser aprovechadas por aquel que deseara progresar.

Bien, esos márgenes de libertad también beneficiaban al gran propietario, quien la mayoría de las veces era un monopolista de las principales actividades económicas. Si el minifundista o el finquero sembraban el mismo producto de exportación, no era desventaja ni competencia para el hacendado. El manejaba el capital y podía comprárselo directamente, ahorrándole el viaje a Ejido o Mérida, y con 2 ó 3 pesos menos de su precio en el mercado internacional. Era el descuento por concepto de transporte. O bien lo utilizaba como garantía de crédito o para transacciones de trueque donde operaba el "descuento" o interés. Lo importante de destacar es que los grandes propietarios de tierras buscaban un máximo beneficio dentro de las limitaciones del medio y las formas casi primitivas del comercio, permitiendo libertades a los trabajadores que, si sabían aprovecharlas, contribuían a su mejoramiento socio-económico. Don Eleazar, uno de los principales protagonistas de nuestra historia, era un modesto zapatero y sólo poseía una cuadra de tierra. Con su habilidad, ingenio y trabajo, añadidos a una vida sana, logró convertirse en propietario de dos haciendas de mediana extensión, bastante productivas, y de cuatro fincas de menor tamaño cuyas tierras utilizaba como potreros.

Hasta los años 40 los hacendados dominaban el mercado local, regional y extraregional, gracias al control de los arreos de mulas, a la instalación de almacenes y a la propiedad del capital. Don Pedro Vielma refiere:

"Cada hacendado grande tenía arreos de mula. Uno le vendía el café a una persona de ésas, esa persona podía transportarlo y de allá luego traían las demás cosas que se necesitaban acá, como la sal -que era carísima esa vez, era descasa, porque el peso de la sal por lo menos para traerla era costosa-. Y el café. Uno tenía su café para mandar a Maracaibo, pero como eso era con arreos de mulas, pues uno le vendía a los Monzón, a los Grisolfía. Ellos adelantaban plata y luego cobraban con las cosechas de café".

Don Eleazar:

"El negocio de la caña de azúcar lo dominaban los Monzones, los Grisolia, los Giles, porque tenían mulas. Ellos cargaban a flete. Por lo menos usted tiene una carga que mandar para Puerto Cabello y se la mandaban en las mulas hasta allá, y usted pagaba un tanto por eso".

-¿Cuánto se pagaba por el flete hasta ese puerto?

-Creo que no pasaba de 4 Bs., porái en los años 20 hasta el 36.

-¿Y usted enviaba el café en esas mulas?

-No. la vendía aquí mismo, a los Monzones.

-¿Y sí tenían buenos precios ellos?

-Bueno, pagaban muy barato. ¿Sabe cuánto le ganaba yo a un saco? ¡Un bolívar!

-¿Y ellos cuánto le ganaban?

-Eso nunca lo supe. Lo único que ellos le daban la plata a uno para que les compraran. Uno se conformaba con ganar un bolívar. Como no compraban un solo saco, sino varios. Las utilidades eran mínimas.

-¿Y los dueños de mulas traían mercancías del Lago de Maracaibo?

-Sí, ellos mandaban las mulas cargadas de café, y de allá traían sal, ropa y mercancías.

Don Nicolás Vielma también cuenta su historia:

"Habían mulas y bueyes de carga. Iban a un puerto Arenales, en Santa Elena. Yo le vendía el café a los Monzón, pero lo compraba a 12 y 9 pesos, cuando estaba a 15. Ante esta situación yo decidí vender a Pancho Araujo, un comerciante ambulante que trabajaba para las casas comerciales de Maracaibo, y a Jacinto Plaza, que tenía un negocio en la calle Lora, en Mérida, y pagaba buenos precios"*.

La sal era muy importante. El pueblo carecía de ella y cambiaba café o panelas por sal. Un viejo campesino recuerda que el comercio de la sal era en realidad un contrabando controlado por los ricos.

"En ese tiempo la sal tenía un precio de aduana muy alto. Entonces en la aduana la compraban también de contrabando. El contrabando nunca ha fallado. Aquí los grandes, los que tenían bueyes y mulas de carga, compraban sal bastante, que era barata allá, la traían y aquí la vendían cara. Eso era un medio de comercio. Total, que traían cantidad de sal y hacían la ruma, se estaban un tiempo sin ir, pero seguían vendiendo".

-¿Qué usos tenía la sal?

-Se necesitaba para salar la comida, para el ganado, para los cueros y la curtiembre, para salar la carne.

La sal era tan importante que también servía como salario. Pero lo llamativo de este hecho es descubrir que los hacendados eran también los dueños del almacén, del comercio de herramientas, de los arreos de mulas, de la com-

* Debemos advertir que si en los almacenes de los hacendados se compraba el café a un precio más bajo que el de mercado obedecía a que éste último llevaba el agregado de pago de transporte. Esta razón corre también para las mercancías que se vendían a precios más altos.

pra del café y la panela, del contrabando de la sal, de los alambiques y panaderías. Poseían no sólo la tierra, sino el comercio, el transporte y el capital. Todos estaban sujetos a los precios que ellos fijaran, tanto en la compra de cosechas como en la venta de víveres y mercancías.

Dentro del cotidiano vivir del campesino andino, las posibilidades de ascenso eran muy precarias o el cúmulo de frustraciones impidieron un campesino ambicioso. Recordemos también que no había ningún tipo de educación. Sólo los hacendados podían pagar los estudios de sus hijos en Mérida y fuera del país. Generalmente las primeras letras las aprendían en la misma hacienda.

"Cuando los dueños de fincas querían que sus hijos aprendieran mandaban a traer una maestra, le pagaban un sueldo, ella vivía ahí y enseñaba. Después los mandaban a Mérida, a completar la educación".

Eso dice Domingo Vielma. La práctica del trueque demuestra una sociedad casi estancada, sin expectativas de progreso. Don Eleazar dice:

"Bueno el problema es que la gente vivía al cambio y no tenía posibilidades de progresar, sino que estaba siempre en lo mismo. Esperando solamente - pa' comer. Más nada. En ese tiempo nada valía, ni el trabajo ni los productos. Todo el mundo era al cambio. La gente se acostaba pensando qué iba a comer al otro día".

Para él el trabajo pagado con salario es una ventaja, una muestra de la eficacia del capitalismo y una oportunidad para salir adelante. Según don Pedro Vielma, ahora la vida es mejor para todos por

"la facilidad que da el petróleo. Antes era una vida sin esperanzas, se vivía mal. Se trabajaba duro y no se salía de abajo".

El campesino se divertía con fiestas, borracheras y trifulcas.

"La gente parrandeaba una barbaridad -recuerda sonreído don Pedro-: se tomaba aguardiente y se bailaba. La gente se reunía donde vendían licores, decían a tomar y después peleaban, los traían a la cárcel. Yo mismo pasé mucho tiempo así. Llegó el momento en que reconocí que eso no resulta y dejé de vivir esa vida. Entonces esa era la forma de vida que había antes. No había otra cosa que hacer aquí".

Y José Vicente:

"Parábamos la oreja a ver si a uno lo invitaban, llegaba uno como el mejor amigo, como si era invitado -supongamos que no lo fuera-, nos la dábamos de acomodados, llegamos a picar leña, con el cuatrío templándole las cuerdas, 'y que mire que yo sé tocar más que usted', o'venga acá, toque, y cuanto le debo', 'no, nada', 'y mire, baile otra pieza'..."

Fiestas y golpes en un pueblo apartado, de escasa población. Malas condiciones de vida, trabajo sin valor, tierras sin valor, pocas esperanzas de progresar.

"Contaban mis abuelos que cuando papá nació -el 24 de enero de 1885-, era una vida muy estricta de mucho régimen. No habían alivios del Ministerio de Sanidad. Habían muchas enfermedades, no sabían lo que era la palabra hospital, no sabían lo que eran escuelas, asistencia social, y así la gente se daba maña para trabajar. Había uno que otro que llamaban Cacique por los dones que tenía y que sabía firmar. Por la noche iban donde el amigo a que lo enseñaran, de favor. Así se iban en cadena, pero no todos tenían la misma aplicación. Fíjese que en aquel tiempo de 1874, como dicen los libros de la Prefectura, qué escuelas habían en aquel tiempo. El adelanto de las escuelas vino mucho después, como en el 40. Con decirle que cuando yo chiquito no había escuela de 6°. Uno estudiaba con una Enciclopedia que entraba y salía el año y uno con el mismo libro. Era un libro grande. Había que comerse tres cuartos de arepa pa' poder resistir. No se conocían pupitres sino unos bancos, unas banqueticas. El que tenía posibilidades llevaba su mesita, su silla, si no tenía que asistir parado".

-¿Y la maestra daba hasta qué grado?

-Hasta 3°. Uno se quedaba ahí-.

Y don Domingo Vielma:

"Yo no sé leer ni escribir, pero a mis hijos sí los puse a estudiar".

El pueblo se desenvolvía dentro de la tradición, el trabajo y las privaciones. "No había pa' donde coger. No había producción, no había dinero, nada valfa". Algunos lograron ordenar su vida "con mañas y economías". Hubo quienes perdieron haciendas en las mesas de juego y el alcohol.

Se podía ser medianero, peón, montar un negocio, hacer alpargatas, sombreros. Se gastaba todo en el diario del día. Algunos supieron hacer economías y vivir mejor. Sin embargo, debió ser bastante difícil para otros. Cuando se habla de los conuqueros hay detalles sorprendentes. Eran los menos favorecidos. Según un campesino joven, el papá contaba que se metían a conuqueros los campesinos menos ambiciosos, o los más flojos, o quienes no sabían cuidar su finquita, trabajarla y retenerla. Entonces debían vender su pequeña propiedad y buscar trabajo en un conuco.

La condición de conuquero comprendía varias ocupaciones: conuquero-peón, conuquero-medianero, conuquero-arriero, "casero", y una categoría especial, no económica, de interés sociológico: "Los condolidos del conuco".

La propiedad privada de las mejores tierras, con sus siembras extensivas y el policultivo, frente al conuquero miserable y mal alimentado, generó la costumbre de robar al hacendado aprovechando sus ausencias o las horas de la noche. El hacendado, ante sus intromisiones, ideó un sistema de tram

pas que variaban desde una especie de "caza ratones", hasta unos hoyos con piedras disimuladas con monte, o el disparo de un rifle escondido entre la tierra. A los que caían en alguna de estas trampas se les llamó "Los condolidos del conuco". Oigamos la historia:

"Yo conocí una. Es es como una hoz de cortar trigo, con resorte, como una trampa de cazar ratones, y le amarraban una pita aquí y la amarraban de allá y cuando pisaban la pita, o sea el curricán, brincaban la trampa y itraquí! por el pie o la muñeca, venía el maracazo. Dicen que había aquí, no me consta, un señor que era muy verdugo, que ya murió, dízque anochecían y no amanecían los condolidos del conuco. ¿Usted sabe lo que eran los condolidos del conuco? ¡Pues los rapiñeros que se iban a buscar los camburitos baratos, y llegaba la trampa y ipao! los mordía".

-¿Qué hacían con los que caían en la trampa?-

-Dicen que los jalaban y los mataban y los enterraban allá mismo.

-¿La policía estaba de acuerdo con eso? ¿No lo investigaba?

-No, eso no investigaban, más bien apoyaban. Contaba mi papá que al que mataban así llegaba el hacendado y pasaba la novedad. Iba al Juzgado, bueno, lo maté porque estaba robando.

-¿Por qué existían los condolidos?

-Por hambre, había mucha hambre. Iban a llevarse los platanitos, las auyamitas. Había otro sistema. No de matar gente. Yo recuerdo lo que hoy es el Fundo Rojo. Eso lo sembraba un tío mío y se le perdían mucho las mazorcas -como ahorita que son muy apetitosas-, entonces amarraba de la escopeta, del pitón a la orejita y la pata donde está la me-

jor mazorca, y cuando el tipo iba a pisar movía el gatillo iy páqui! le echaba sal. Sal Araya, de esa dura, salía un tiro. Eso es eterno, jamás ni nunca se cura, a menos que le corten la pierna. Queda llaga viva pa' toda la vida. Quedan inútiles, rencos, con un mosquero. Yo recuerdo de un señor que sembraba en El Salado, y me dijo: 'Vamos muchachito pa' regalarle unas mazorcas pa' que se las traiga a la señora Visita' -que así se llamaba mi mamá- y me llevé un canastico. 'Eso es muy pequeño, traigase uno más piroto, de esos de cargar cambures que caben dos arrobas, porque le voy a regalar una cosa que vale la pena, si acaso no se las han robado'. Cuando llegamos se las habían robado. 'Mire como se las robaron, pero nomás cuando estén las otras de allá por el cañado, me las paga el tipo ése'. Y donde estaban los jojoncitos buenos haló y hizo lo mismo, amarró la escopeta y cuando en la tardecita, subiendo la noche, ¡Pam! , el tirón. El tipo que había halado la mazorca no había pasado. ¡Ya cayó el tipo!' Cuando llegamos lo encontramos con las patas pa'rriba, gateando pa la casa de él, porque esos quedan inútiles de una vez, porque la sal llega y quema, pero no se cura, no le vale ninguna medicina, porque forma llagas".

Habían también los "Consumidores del Conuco", llamados así cuando no cumplían con las tareas asignadas, y ni siquiera sembraban el conuco, sino que se limitaban a comer los cambures ya sembrados.

-Don Eleazar, ustedes eliminaron unos conuqueros, ¿por qué?-

-No, ellos fueron entregando el conuco. Hicieron arreglos y los fueron entregando. Ahora hubo otros que se fueron porque no eran conuqueros, sino consumidores del conuco, porque ellos no limpiaban. Yo tuve a Luis Barrios y a Salvador. Yo les daba y les decía: "Corten de aquí pa'

llá", y a los otros: "Corten de allá pa'cá". Pero ellos no tenían ninguna responsabilidad. Consumían lo que daba el conuco y no hacían ninguna limpia. Entonces en vista de que solamente los vástagos quedaban sobre las matas de café y no los tumbaban ni nada de eso, resolví que se fueran. Bueno, se fueron de ahí pero iban y venían, iban y venían, buscando trabajitos. No diario, pero sí venían a ver qué hacer. Hacían trabajitos.

Habían también los "caseros", cuyo deber consistía en cuidar una propiedad que quedaba fuera de la hacienda principal. Cuidaban del ganado, las aves, revisaban las siembras, evitaban que robaran, etc. No les estaba permitido hacer siembras propias. No recibían paga, pero tampoco pagaban alquiler por derecho a casa. Generalmente, el casero trabajaba en alguna propiedad del mismo hacendado, y al vivir en aquella casa retribuían el favor manteniendo todo en buen estado. Pero los caseros, por regla general, no eran muy cuidadosos ni honestos. Estar en una propiedad ajena, lejos del dueño, y con ganado y siembras, los tentaba al robo, no sólo para su alimento sino para vender.

Cuando un trabajador daba muestras de capacidad, honestidad, y era poco inclinado a los vicios, podía ascender a "mayordomo", lo que era considerado un verdadero avance. El mayordomo se encargaba de la hacienda cuando el amo debía viajar, cuando atendía otras propiedades y negocios, o si prefería residir en la ciudad. Era su mano derecha y hombre de confianza. Casi siempre era un pequeño propietario.

"Pero los ricos para buscar mayordomo o para emprestar plata se fijaban mucho y eran muy preguntones. No era todo el mundo que tenía las puertas abiertas, porque le iban experimentando la conciencia. El le iba preguntando al vecino, y al otro, épa, ¿fulano de tal? Ese no va muy bien con la finca, o ése es bueno. Pero

si llegaban y le decían, no, a ése se le murió la vaca, no, que el otro no trabaja...Ud. sabe que los ricos son más preguntones que San Pedro. Pero pa' mayordomo preferían a un trabajador ya probao, que formara una buena familia. Le pagaban bien y era casi como amo de la finca".

El mayordomo recibía un sueldo y tenía derecho a algunos productos de la hacienda, así como podía disponer de bestias de carga o de silla. Muy pocos abusaban de sus prerrogativas o robaban al dueño aprovechando sus ausencias.

-Bueno, tal vez habrían los mayordomos que se las jugaban al dueño -aclara don Eleazar-. Yo conocimiento de eso no tengo, pero ¡cuándo que no! Porque a como habían mayordomos muy buenos habían los vivos. Pero siempre los apañaban. Y no eran gran cosa lo que cogían, sino cosas mínimas.

Las condiciones de vida y de trabajo no eran muy buenas. Un pueblo pequeño, sin luz ni agua, sin sanidad, escuelas, ni diversiones.

-¿Cuándo tuvieron acueducto?

-Eso fue allá en el 42, cuando Isaías Medina Angarita.

-¿Y antes cómo se surtía de agua el pueblo?

-De una acequia que venía de Los Naranjos, por la mitad de la plaza, por cañerías. En cada esquina había una pila. Cada uno tenía que madrugar a coger agua limpia. Esa agua pasaba después a bañar las haciendas.

-¿Y no había alumbrado público?

-No, hasta el año 23, que contaba mi papá, pusieron la planta Monzón. Venía la luz de la aldea La Playa. Era de los Monzón, pero muy malísima, no aguantaba sino bombillos de 25 bujías, no podía ponerse ni una plancha. Se pa

gaba a 1.50 por cada foco. Si uno se alumbraba 3 noches tenía que pagar el mes completo, y si no había luz igual había que pagar 1.50 para que no la cortaran. Era cara. El motivo es que tenía mucho trabajo. Era un dinamo movido por agua, con una turbina. Pasaba lo siguiente: si estaba lloviendo bajaban las crecientes y se cargaban la cañoa, no podía trabajar. Si estaba haciendo verano bajaba el agua muy poquita y no tenía fuerza. Hasta el año 1958, con el gobierno de Wolfgang Larrazábal, pusieron una planta regular, ya municipal. La atendía la Junta Comunal, pero con el tiempo fue dando guerra y dando guerra. Pasaba lo mismo, había que pagar lo mismo y casi no alumbraba, hasta que llegó al cabo que había que llevar la planta a Sta. Cruz de Mora a que la arreglaran allá. Cobran 1.000 Bs. por cada arreglada. Las rentas del municipio no alcanzaban. Ahora fue cuando el año de 1964 ya en verdad se dañó por completo, y el Secretario General de Gobierno era Amador López, y don Avendaño Monzón, que era el presidente de la Asamblea Legislativa, y nos preguntaron qué queríamos en una reunión como de 40 personas en la Medicultura, si preferíamos aguantarnos 6 meses a oscuras o nos ponían otra planta como la que teníamos. Y el que aguanta lo más aguanta - lo menos. Preferimos estarnos en lo oscuro y que nos dieran a CADAFE. En el año 1966, con el gobierno de Raúl Leóni, pues tenemos este servicio. La luz llegó el 6 de enero de 1966. También fue arreglado el acueducto que era un mal servicio, no muy perenne. Hubo también remodelación de la Medicultura. Ahora hay muy buena medicultura.

Para José Vicente y Nicolás Vielma " los tiempos antes eran mejores". No opinan lo mismo don Pedro Vielma y don Eleazar. Tal vez ambas posiciones trasuntan los problemas culturales que se derivan de violentos cambios socio-económicos. La gama de relaciones de trabajo que fueron tejiendo una sociedad heterogénea, donde se entrelazaban el trabajo

comunitario y el individual, el comercio monetario y el trueque, la privacidad de la tierra y la libertad de fundar conuco, el salario monetario y en especie, etc., fue poco a poco desmoronándose ante el paulatino asentamiento del capitalismo. Cuando privaba una forma de producción y de vida, aquellos que se sintieron mejor en ella adversaban su desaparición. Los que por una u otra razón vislumbraron en los tiempos que se acercaban mayores posibilidades de ascenso individual, los recibieron con buenos ojos. Para don Nicolás Vielma, de 91 años, los cambios han sido catastróficos. Ahora la sociedad donde "la gente era unida, muy buena". Los ricos -símbolo de un nuevo poder que él define como los arruinadores del pueblo porque cercaron la tierra y trajeron las hipotecas- eran portadores de nuevos códigos donde el hombre se constituía en una pieza de trabajo, con rentabilidad, y la tierra en un medio de enriquecerse. Y así como don Nicolás los acusa de haber despojado "tramposamente" de la tierra a numerosos campesinos, otros los admiraban y les atribuían el progreso económico del pueblo. Esos hombres desplegaron su acción en una sociedad donde se conjugaban diferentes formas de producción y de intercambio comercial, ceñidas por un eje equilibrador: el comercio de exportación del café. A fines del siglo XIX y principios del XX, la regla seguía siendo la misma aplicada por los colonizadores españoles: no importa cómo se produzca, siempre que se de un excedente comercializable en los mercados extranjeros. Sin embargo, cuando el capitalismo absorbe los medios de producción y va destruyendo el tradicionalismo y el comunitarismo para aislar al individuo como ente productor, mina las bases de la sociedad comunitaria. Mientras al hombre no le modifican sus formas de producción, mantiene las costumbres y tradiciones que constituyen un sistema de vida y una cultura. Así, en tanto el capitalismo que privó en Jají fue un capitalismo volcado al comercio de exportación, que no atentó contra los diferentes métodos de producción, el pueblo mantuvo casi incólume sus valores, tradiciones y forma de vida. Pero a medida que el capitalismo avanza en

el país y exige un remodelamiento definitivo de la estructura productiva, trastoca tales valores. Al modificar las técnicas de producción, absorbió la vida económica y social del pueblo para rehacerlo a su imagen y semejanza. Ya no se trata del campo "rural", de la Venezuela rural, sino del campo capitalizado, del campo urbanizado, de la Venezuela capitalista. Es este viraje el que desconcierta y molesta a quienes organizaron su vida en la sociedad donde nacieron y crecieron. Pero a otros les abre un nuevo mundo. El conflicto cultural que se dio en una época entre europeos y nativos se vive ahora entre nuevos y viejos hombres. Y cuando hablo de viejos y nuevos hombres no me refiero a un tiempo generacional, sino a un pensamiento y una actitud.

Don Nicolás también culpa a los ricos de haber modificado el ambiente.

"Porque ellos tumbaron muchos árboles para hacer potreros. Cambiaron las estaciones, el tiempo lo cambiaron".

Y José Vicente:

"¿Qué será lo que pasa ahora que la tierra no produce como antes? ¿Será que se ha debilitado? La Mesa de Ejido no era así y se está hundiendo... ¿Qué será? Yo recuerdo que los llanos de Miraflores, que hoy son potreros, eran rastrojos y manantiales y lagunas. Había uno que arrodillarse hasta las ingles pa' meterse en esos lagunones. Y cuando iba a jalar palos con mi papá, los bueyes se quedaban pegados, movían acaso los cachos y el rabo y el espínazo. Y al día de hoy que desforestaron aquello, tumbaron, todo se secó. Yo le digo: en 50 años que tengo -y yo doy fe que conocí a Capaz- que era un cuarto de potrero de lo que hay ahora en grandes extensiones. Los tiempos han cambiado. Cuando dice a llover llueve demasiado, se pierden las cosechas, y cuando dice a hacer verano pues se seca todo. Y en aquel tiempo era variado: llovía y hacía 5 días de verano, muy bonito ¿no? Y por el estilo era una cosa muy rica".

En una y otra época, la siembra, recolección y pro-

cesamiento del café, no ha variado. Por eso el café está en retroceso como producto principal. Sus métodos de producción corresponden a una época trasgredida por el capitalismo: aquella en que se disponía de mano de obra más o menos numerosa y barata. Ahora se está eliminando el café para hacer potreros e introducir el ganado lechero de altura, con métodos de producción estrictamente capitalistas. De este modo, la ganancia que una vez obtuviera el hacendado por la venta de excedentes extraídos con un bajo costo de producción empezó a mermar hasta desaparecer y traducirse en pérdidas. Una vez que la economía se enrumba hacia el capitalismo, que la mano de obra aumenta su precio, se hizo necesario tecnificar la producción, cuyos altos costos son compensados por los créditos estatales, los subsidios, los precios y el crecimiento de la demanda interna.

¿Cuáles eran esos métodos de producción del café que requerían un alto porcentaje de mano de obra? La siembra es un trabajo lento: siembra de arbustos y árboles de sombra. Cada tanto tiempo se podan las matas, se limpian y se sustituyen las viejas y enfermas. Cuando se acerca la época de cosecha, hacia el mes de diciembre, empieza a cogerse el fruto. Cada familia pide un "corte". Un corte es un trozo de cafetal que la familia comprometida escoge. Las familias establecen los límites del pedazo que se autoasignan y si tal pedazo empieza a madurar demasiado rápido, ellos mismos buscan ayuda. El sistema de cortes es más propio de las fincas medianas y pequeñas, porque los trabajadores conocen rápidamente el terreno y las matas. En las haciendas muy grandes el sistema de corte no es funcional porque no es bien conocida ni siquiera por el dueño. Allí funciona el sistema de "surcos". Llega un gran número de trabajadores y hay un capataz encargado de dar a cada persona la cesta y el costal de recoger el café y asignarle un surco. La persona empieza desde la primera mata hasta la última para evitar el "chiripeo" -en éste, los más vivos van adelante cogiendo los mejores gajos y las mejo-

fermaran o murieran porque en tal caso la madre suspendía la leche.

De cualquier modo, atención del ganado y de los arbustos del café se hacía en forma rudimentaria. El ganado moría por enfermedades y hambre. Los potreros estaban sobrepastoreados, el único alimento extra era la sal. El ordeño se hacía sin cuidados higiénicos: el ordeñador limpiaba las ubres de la vaca con el rabo de la misma, y sin lavarse las manos, con un balde apenas juagado, daba comienzo al ordeño.

La venta de queso no fue exclusiva del hacendado. Los pequeños y medianos productores participaron también en su fabricación y mercadeo. Lo vendían directamente al hacendado o iban a Ejido, San Juan, Mérida. Fue una industria casera de distribución local y extra-local, sin rebasar las zonas circunvecinas. La producción de queso nunca fue grande como para otro tipo de venta.

-¿Dónde vendían el queso, José Vicente?

-Cada 8 días lo vendían a hacendados y ellos lo sacaban para Ejido y Mérida. Habían comerciantes de los mismos agricultores que compraban el queso al compadre, la comadre, el tío o la tía, pues qué iba a hacer una persona con vender 4 ó 5 kilitos de queso si tenía que ir a Ejido y pagar pasaje. Aquí lo compraban a 3 Bs. el kilo y lo vendían a 7 reales en Ejido. Llevaba los quesos que compraba y los de él también, pues entonces reunía sus 80, 100 kilos, y se hacía de unos 40 Bs., y muy contento.